

Selección TERROR
BOLSILIBROS BRUGUERA
DAMAS BAJO LA LLUVIA
Curtis Garland

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

490 — La bestia de acero, *Joseph Berna.*

491 — Un ser horriblemente monstruoso, *Ada Coretti.*

492 — Sangre en la Morgue, *Curtis Garland.*

493 — En un lugar del Averno, *Adam Surray.*

494 — El misterioso Martin Marks, *Clark Carrados.*

CURTIS GARLAND

DAMAS BAJO LA LLUVIA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 495
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 23.218 - 1982
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1982

1.* edición en América: febrero, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

La estación de gasolina quedó atrás. La radio empezó a emitir música de rock duro. Una mano giró el dial y elevó el volumen de la emisión, hasta que la música lo invadió todo, mientras la furgoneta rodaba a buena velocidad por la autopista.

—¿No está eso demasiado alto? —preguntó una voz.

—¡Vas a volvernos sordas a todas! —protestó otra.

—Oh, por favor, ¿es que una no puede dormir aquí? —terció una voz somnolienta.

La que habla elevado el tono de la radio, se echó a reír de buena gana. Las sombras matinales eran alargadas a ambos lados de la ruta de asfalto. Los cactus parecían sobre el suelo, como extraños y rígidos reptiles amodorrados. El sol se iba elevando muy lentamente desde el horizonte.

—Eres una dormilona, Vicky —respondió la autora del desaguisado, moviendo la cabeza al ritmo de la música que brotaba a torrentes por el receptor de radio.

—Y tú una escandalosa —se quejó la aludida—, ¿Por qué no utilizas unos auriculares para escucharlo tú sola?

—Creí que a todas nos gustaba la música.

—Y nos gusta —replicó otra de las jóvenes—. Pero no a ese volumen, Sharon.

—Está bien, está bien, no necesitáis lincharme para eso. Yo, con una simple indirecta, me doy por enterada —bromeó la llamada Sharon, bajando de nuevo la radio—. ¿Está bien así?

—Al menos, está mejor —bostezó Vicky—. Pero ya me has quitado el sueño.

—Son casi las ocho —le advirtió la mujer que conducía el vehículo por la larga cinta de la ruta —. Creo que no es ninguna tragedia despertarse a esta hora, Vicky. El aire matinal es sano y limpio. Va bien a los pulmones.

—A mí lo que me va bien es dormir —se desperezó la muchacha tumbada en la parte de atrás de la furgoneta, hinchándose su blusa por el volumen desmesurado de sus pechos, que se elevaron y crecieron aún más con esa postura. Pero todos sus compañeros de viaje eran mujeres, como ella misma, y ninguna se sintió particularmente interesada en admirar sus muy respetables medidas torácicas, que eran uno de los orgullos de la rubia muchacha.

Todas rieron de buena gana. Ciertamente, por las abiertas ventanillas de la furgoneta color fucsia penetraba un aire tibio y tonificante, con olor a plantas silvestres. La conductora miró hacia la distancia, con expresión pensativa.

Nos detendremos para comer —señaló—. Hay que ir deprisa, si

queremos llegar a buena hora a nuestro destino. La carretera no va a ser siempre tan recta y despejada. Cuando dejemos atrás el desierto, la cosa será muy diferente, chicas.
Asintieron las cinco muchachas que ocupaban el vehículo, detrás de la mujer de más edad. No es que ésta fuese una anciana, ni mucho menos. Se podía decir de ella que estaba rozando la madurez, entre los treinta y treinta y cinco años como mínimo. Pero sus compañeras de viaje eran muchachas mucho más jóvenes. Sharon, la mayor, no tendría más de veintidós años. Todas lucían tejanos gastados, en los que enfundaban sus piernas, y blusas o camisas ligeras. Detrás, el equipaje era bastante voluminoso.
—Al menos, nos quedaremos tres días quietas —suspiró otra de las chicas—. Eso ya es algo, ¿no? Tres días en un solo sitio, sin viajes ni traslados... ¡Me parecerá mentira, amigas!
—Y a mí —corroboró Vicky—. Podré dormir tranquila en una cama de verdad...
—¡Ya salió ésta con su deporte favorito! —refunfuñó una atractiva pelirroja de tejanos cortados a la altura de sus broncíneos y bien torneados muslos, que ocupaba el asiento inmediato, detrás de la conductora —. ¿Es que no piensas más que en dormir?
—Peor eres tú, encanto —protestó Vicky airadamente—. Sólo piensas en comer dulces, Stella.
—Bueno, ¿y qué? —protestó la pelirroja Stella —.. Pero no engordo... El día que vea que los bombones me añaden libras al peso normal, los dejo en un momento.
—Oh, claro, que tus bonitos muslos no se deformen, ¿eh? —se mofó irónicamente una muchachita muy joven, la que más entre todas, morena de piel y de oscuro cabello, haciendo juego con sus ojos color café.
—¿Quién te dio vela a ti en este entierro? —se revolvió Stella —. Yo no me he metido con tus gustos, ¿no, Marion? Y ésos si que son peligrosos, criatura. Fijarse en los hombres está muy bien, pero tener preferencia por los casados... es peligroso.
—¡Oye, métete en tus cosas! —se irritó la jovencita Marion, con un relampagueo de ira en sus ojos profundos—. Yo puedo fijarme en quien me dé la gana.
—Eh, basta, basta —interrumpió con autoridad la conductora—, Tengamos la fiesta en paz, ¿eh, muchachas? Una cosa es que bromeéis entre vosotras, y otra muy distinta que os empecéis a tirar pedradas la una a la otra. En mi grupo quiero disciplina y buena camaradería, ya lo sabéis.
—Pero Sabrina, es que Stella siempre está censurándome lo que hago o dejo de hacer con los chicos...
—Dije que ya basta —atajó con energía la conductora, dirigiéndoles a

todas una fría mirada de reproche—. No vuelvas a censurar a Marion ninguna cosa así, Stella. Pero tú, Marion, deberás tener más cuidado en lo sucesivo. No me gusta tener que enfrentarme a una esposa airada por culpa tuya. Y eso es lo que ocurrió hace dos semanas en Phoenix, bien lo sabes.
—Pero esa vez yo prometí...
—Lo sé, Marion, lo sé —dijo la conductora de la furgoneta—. Pero no basta hacer promesas. Hay que cumplirlas. Y en Tucson casi hiciste otro tanto con aquel vaquero tan guapo... casado y con dos niños.
—Al principio yo no sabía que era casado —se excusó Marion—. Y luego, estaba colada por él, Sabrina...
—Tú te cuelas con mucha facilidad ante un par de pantalones, querida —terció la única muchacha del grupo que no había participado hasta entonces en la charla, y que se dedicaba a escuchar la música por radio, sentada junto a la bulliciosa Sharon.
—¡Eh, Esther, yo no me he metido aún contigo! —se enfureció Marion, revolviéndose airada.
—Marion tiene razón —apoyó Sabrina, esta vez con tono de reproche —. Callaos todas y dejad a la chica. Pero ella ya sabe que la próxima vez que tengamos otro incidente por ese motivo, quedará fuera de nuestro grupo, sintiéndolo mucho. Y eso va por todas
vosotras. No quiero enemistades en la formación, ¿está claro? Quien siembre cizaña entre «Las Rockynautas» será despedida sin remisión. Ahora, seguid con vuestra diversión y vuestras bromas, pero nada de acritudes ni enfados serios, chicas.
Reinó el silencio dentro de la furgoneta, mientras Sabrina seguía al volante con aspecto firme y entero, pendiente de la carretera que las conducía ahora a través de California.
Aunque siguió retumbando la música de rock de la radio, y algunas de ellas gastaron bromas entre sí, la atmósfera de alegre camaradería se había enfriado bastante, tras la intervención autoritaria de Sabrina. Marion, enfurruñada, permanecía ceñuda en su asiento, mientras Vicky se dedicaba a peinar su rubio cabello ante un espejito colgado de la pared, y las otras tres muchachas prestaban su atención exclusivamente a la música o al paisaje.
—¿Qué tal sitio será San Diego? —preguntó bruscamente en voz alta Esther para romper quizás el hielo del ambiente.
—¿Es que nunca estuviste allí? —se sorprendió Stella.
—No, nunca. No he llegado jamás a California.
—Bueno, San Diego no es gran cosa —terció ahora Vicky, sin dejar de peinarse—. Estuve una vez allí. Tiene una base naval y una aérea. Hay chicos jóvenes de uniforme en abundancia, eso sí.
—¡Guau! —aprobó entusiasmada Esther—. Eso está bien. Hay donde elegir, ¿eh?

—Yo diría que demasiado —rió Stella—. La mercancía masculina es abundante y de buena calidad, chicas
Volvieron las risas al interior del coche, e incluso Sabrina se permitió una sonrisa divertida. Vicky dejó de peinarse, desabrochó su blusa con naturalidad, y se ajustó algo mejor los sujetadores que retenían dificultosamente aquel par de soberbias y opulentas glándulas s mamarias con que la madre Naturaleza la había dotado. Abrochándose de nuevo con lentitud, comentó mirando al desierto:
—Será un espectáculo tonificante pues de ver tanto desierto...
—Aún nos queda un buen trecho hasta San Diego —apuntó Sabrina —. Tenemos que pasar por Brawley, para descender luego hacia la ciudad de El Centro por una ruta, y desembocar en la Autopista Interestatal número 8, que nos llevará a San Diego. Por eso dije que había que apresurarse, si queremos llegar tiempo para la función de esta noche. Morgan, el empresario, me dijo que está todo vendido. No se puede desaprovechar un viernes así por nada del mundo, chicas.
—¿Crees que podremos llegar a actuar en Los Angeles? —preguntó Sharon, dejando de oír música.
—Bueno, eso no está aún resuelto. Nuestro representante, McCoy, dice que es muy probable que consiga ese contrato por una semana, pero no podrá confirmarlo hasta el lunes o martes. Hay que esperar, chicas, y confiar en que surja la gran oportunidad.
—A lo mejor lo conseguimos, y hasta se fija en nosotras un productor, para hacer un programa de televisión o una película... —sugirió ensoñadora Vicky.
—Vamos, vamos, no soñéis despiertas —se enfadó Sabrina —. Hay que vivir con los pies en tierra. Sois buenas, pero a Los Angeles va lo mejor. Puede haber suerte, pero lo más probable es que no la haya. Esas cosas sólo suceden en las películas color de rosa.
Alcanzaron la población, que no parecía nada del otro mundo, y se desviaron por una carretera de menor importancia, hacia el sur, en busca de la interestatal 8. El desértico paraje empezaba a verse salpicado por algún que otro bosquecillo, y la vegetación se hacía más frecuente. El aire también resultaba más seco y aparecieron algunas nubes algodonosas en la distancia.
La radio seguía emitiendo música moderna. Empezaron a sacar emparedados y platos preparados, envueltos en plástico, así como botellas de leche o refrescos. De un termo, Sabrina ofreció café a todas, y Esther ocupó el puesto de la conductora apenas hubo terminado el frugal almuerzo.
La emisión musical se interrumpió para dar un boletín de noticias. Al final del mismo, el locutor informó de la situación meteorológica en la zona:
—Una grave perturbación atmosférica se presentará en las próximas

horas en la zona sur de California, con posibles y prolongadas precipitaciones y gran nubosidad. Aunque tal circunstancia no sea habitual aquí, podemos avisar a nuestros oyentes de la presencia frontal de la borrasca, que afectará a toda la región comprendida entre Los Angeles y la frontera mexicana. Por lo desusado de tales precipitaciones previstas, será conveniente que tanto automovilistas en ruta como granjeros y colonos tengan muy en cuenta esta previsión para evitar males mayores.
Siguió la música invadiendo el coche. Sharon mostró su extrañeza:
—Yo creí que nunca llovía al sur de California.
—Eso es sólo una canción —rió Stella de buen humor—. No te fíes nunca de la letra de las canciones. Y menos en California. Aquí el tiempo es muy variable.
—Sólo nos faltaba la lluvia, si llega a presentarse —comentó preocupada Sabrina, mirando recelosa hacia las nubes que iban incrementándose paulatinamente hacia el oeste—. Eso nos dificultaría mucho el viaje...
—Tal vez no sea tan grande la borrasca como mencionó ese tipo —dijo Vicky, encogiéndose de hombros—. Las dos veces que he estado en California, no vi caer ni una gota de lluvia, chicas.
—Ojalá esta vez sea igual —apuntó Esther.
Pero pronto se vio que no iba a ser igual, y que el locutor de la radio había estado más acertado de lo que ellas deseaban. Los nubarrones ya no eran blancos, sino grisáceos, tornándose color plomo por momentos, y aumentando en cantidad y grosor paulatinamente. El sol se oscureció poco después del mediodía, y a cosa de las dos de la tarde, ya estaba lloviendo con intensidad en la autopista.
Sabrina recuperó su sitio ante el volante, y los limpiaparabrisas comenzaron a oscilar, barriendo la lluvia del cristal. Pero el aguacero se iba haciendo más y más intenso, y el trabajo de las varillas se convertía en inútil dada la fuerza con que la cortina de lluvia caía antes de las tres.
—Se ha vuelto la tarde oscura como boca de lobo —señaló Sharon, incómoda mientras por la radio llegaba el crepitar de las interferencias que provocaban las descargas eléctricas.
—Y encima, eso: tormenta —se lamentó asustada Esther, cubriéndose su cabellera negrísima y rizada, de mulata, con ambas manos, como queriendo protegerse del aparato eléctrico que, muy pronto, se hizo perceptible para ellas.
En la distancia, llameaban los relámpagos, y el sonido del trueno hacía vibrar las ventanillas del coche. Dentro de éste
ya no parecía existir el buen humor inicial de aquella mañana.
La ruta era ya un charolado sendero de asfalto negro, reluciente, donde los faros de la furgoneta, prematuramente encendidos,

arrancaban destellos esporádicos, a través de la cortina de agua.
—¡Ya verás lo que le digo al primero que me alabe el clima de California! —se quejó Marion, asustada.
—Suelen ocurrir estas cosas en los sitios secos —apuntó Sabrina, tranquila —. Cuando cae una tormenta, es peor que en cualquier otro lugar donde sean frecuentes. Lo cierto es que la marcha comienza a hacerse difícil, chicas. Estamos perdiendo mucho tiempo, demasiado incluso.
—¿No llegaremos a tiempo a la representación? —se alarmó Sharon.
—No lo sé. Depende de cómo caiga la tormenta...
Lo cierto es que, antes de las cinco, la cosa se puso ya realmente fea. Unos coches- patrulla de la policía, con sus rojos intermitentes parpadeando en la oscura tarde, bloqueaban el paso por la interestatal. Unos agentes enfundados en impermeables chorreantes de agua las detuvieron agitando sus linternas. Sabrina frenó, bajando el cristal de la portezuela lo preciso para poder atender al agente sin sufrir una inundación dentro del vehículo.
—¿Qué ocurre, agente? —quiso saber, inquieta.
—Lo lamento, señorita —los ojos inquisitivos del policía se fijaron primero en ella y luego, admirativos y con sorpresa, en el ramillete de bellas muchachas que ocupaba la furgoneta. Muy en especial, los senos de Vicky le dejaron como hipnotizado—. No pueden seguir viaje por aquí.
—¿Qué dice? ¿Por qué no?
—Las lluvias han provocado un desprendimiento de tierras. Varios peñascos de muchas toneladas bloquean la ruta.
—Pero agente, tenemos que llegar esta misma noche a San Diego, antes de las nueve. Es muy importante, comprenda. Formamos un conjunto de música moderna, y tenemos un contrato, un local totalmente vendido...
—Mucho lo lamento, pero no creo que puedan llegar a tiempo. Incluso por esta carretera les hubiera ido muy justo. Pero es imposible pasar, ya se lo dije. Tienen que desviarse hacia Santa Isabel y Mesa Grande por una carretera secundaria que no es demasiado buena para correr, y menos con este tiempo. Yendo bien las cosas, llegarán a San Diego de madrugada.
—¡Cielos, no! —se horrorizó Sabrina, realmente desalentada.
—Quisiera hacer algo por ustedes, pero no puedo —sus ojos fascinados fueron de las prominencias marcadas en la blusa de Vicky, hasta la bronceada tersura de los muslos desnudos de Stella, y se humedeció los labios, nervioso—. Tengan cuidado, de todos modos. Esa ruta que tienen que tomar ahora cruza una hondonada profunda, y puede haber riada allí... Si el agua se vuelve tumultuosa y cruza la carretera, podría arrastrarles sin remedio.

—Dios mío, ¿y qué hacer, entonces? ¿No podríamos esperar aquí a que la carretera quede libre de tierra y piedras y...?
—Imposible, señorita —negó el policía—. Antes de mañana no podremos dejar esto en condiciones. Tienen que venir grúas y camiones a ocuparse de ello... Yo les aconsejaría que se olvidasen de su representación de esta noche y se alojaran en alguna población del camino. Hay un par de pueblos pequeños en esa otra carretera vecinal que le cité, antes de llegar a Santa Isabel. Pernocten en uno de ellos y, ya de día, con la ruta libre y sin tanto riesgo como en plena noche, pueden seguir viaje a San Diego. Es muy lamentable que pierdan el dinero de ese concierto, pero peor sería perder la vida, créame.
—Está bien —suspiró resignadamente Sabrina—. Así lo haremos, agente. ¿Dónde está el desvío?
—Siga durante media milla y lo encontrará a su derecha —informó el policía, dejando de contemplar con harta dificultad las formas de aquellas muchachas—. Buena suerte. Y no se arriesguen, recuerde. Son ustedes demasiado jóvenes y hermosas para correr peligros innecesarios.
Sabrina le dio las gracias, bajó el cristal de nuevo, y emprendió la marcha, con gesto ensombrecido. Cuando hallaron el desvío, desde allí les fue posible ver los enormes peñascos caídos en medio del asfalto, con luces rojas parpadeando en torno a ellos y un par de patrulleros montando guardia junto a sus coches.
—Me parece que ese policía tan mirón tiene toda la razón del mundo —sentenció Sabrina—. Vale más llegar mañana a San Diego con vida, que no llegar nunca, muchachas. Esos guapos mozos de la base militar tendrán que quedarse sin nosotras durante un día.
Y enfiló resueltamente el desvío, penetrando por una carretera bien asfaltada, pero estrecha y zigzagueante, sobre la cual cala el agua torrencialmente.

CAPITULO II

Pronto los peligros advertidos por el patrullero comenzaron a asomar en el horizonte. La carretera iniciaba un descenso hacia una cuenca ribereña, y ello producía el paulatino encharcamiento de la ruta. Hubo un momento en que el agua ya no era sólo un charco, sino un reguero torrencial, que cubría las ruedas casi totalmente. La marcha del vehículo se hacía por momentos más y más dificultosa.

Sabrina conducía diestramente, pero empezaba a darse cuenta de que todo aquello tocaba a su fin si no mejoraban pronto las condiciones del terreno. Miró con preocupación a sus compañeras, a través del espejo retrovisor. La luz del interior del coche daba cierto aire espectral a las bonitas caras de las muchachas.

—Lo siento —manifestó con tono sombrío—. Creo que si Dios no lo remedia, vamos a quedarnos empantanados aquí. Y lo peor es que, como se produzca una riada, nos arrastrará sin remedio.

—¿Y qué podemos hacer? —gimió asustada Vicky.

—No lo sé —confesó la conductora, con desaliento—. Si encontramos un punto donde aparcar sin peligro, lo haremos.

—¿Y luego? —indagó Stella, saboreando un bombón de fresa,

—Infiernos, no tengo ni idea —se exasperó Sabrina, pegando un golpe al volante—. ¿Veis alguna luz por ahí cerca?

—No, ninguna —negó Marion, escudriñando dificultosamente por las ventanillas cubiertas de agua de lluvia.

—Espera. Así no será posible ver nada —intervino Sharon—. Será mejor apagar la luz interior y abrir una ventanilla.

—¡ Nos pondremos empapadas! —protestó Stella.

—¿Y qué? Es preferible eso, pero ver si hay algún sitio adonde dirigirse. Ese policía de la autopista mencionó dos pueblos...

Sabrina apagó las luces interiores, incluso la del tablier, reduciendo la velocidad. Sharon se cubrió con un impermeable, y abrió una ventanilla, oteando la oscura y cerrada noche. Los relámpagos habían cesado, y el paisaje era negro como la boca de un lobo. Un soplo frío y húmedo la estremeció, y una ráfaga de lluvia penetró en el coche, empapándoles los rostros y cabellos a casi todas.

—¡Allí! —señaló vivamente Sharon—, ¡A nuestra derecha, a cosa de una milla! Hay no una, sino varias luces. Yo diría que es un pueblo...

—Una milla... —suspiró Sabrina, meneando la cabeza —. Y con este aguacero y esta carretera... ¿Qué podemos hacer?

—Intentar llegar. Tiene que haber cerca una bifurcación en ese sentido, estoy segura —manifestó Sharon, volviendo a bajar el cristal, con lo que el interior de la furgoneta recuperó su aire acogedor, gracias a la calefacción del vehículo.

—Bueno, por intentarlo, que no quede —suspiró la directora del conjunto musical—, Pero si esta carretera está así, imaginad la que

conduzca a ese villorrio...
El gesto de las cinco muchachas no pudo ser más depresivo ante las escasas ilusiones que reflejaba la voz de la conductora.
Aun así, ésta intentó desesperadamente llegar a alguna parte donde estar a salvo, cuando menos durante el resto de la noche, de los peligros de una riada, dado el cariz torrencial que persistía en aquella lluvia tan imprevisible en una región como la del sur de California con fama de sequías prolongadas.
La furgoneta rodó por aquel terreno totalmente impracticable, intentando por todos los medios sobreponerse al elevado nivel de las aguas, el cauce producido por su abundancia en los cauces secos y hondonadas, e incluso a los arbustos que la corriente arrastraba con creciente abundancia, haciendo más difícil el rodaje, al enredarse en las ruedas y ejes, complicando la marcha del vehículo.
En un momento dado, la furgoneta emitió un ronquido sordo... y no logró seguir adelante. Las muchachas se miraron entre sí, inquietas. Sabrina soltó una imprecación y trató de desatascar las ruedas de donde se habían frenado, bajo el nivel del torrente acuoso. No lo logró. Un nuevo ronroneo sordo del motor, sacudidas del vehículo, pero nada más. Las ruedas giraban en un fondo blando y viscoso, del que era imposible salir, justo al lado de un cauce torrencial de agua, que rugía a menos de diez yardas de su actual emplazamiento, arrastrando objetos, arbustos y ramajes. Los faros del coche revelaban su espumeante cauce cuesta abajo.
—Nos hemos quedado aprisionadas en el fango —dijo con voz grave, abatida.
Un pesado silencio se extendió dentro de la furgoneta. De pronto, aquellos cinco bonitos rostros juveniles revelaron terror y angustia.
—No es posible —susurró Stella Ross, dejando caer los bombones de sus piernas, con caja y todo—. Tiene que haber una forma de salir de esta ratonera, Sabrina.
—¿Sí? —rezongó la directora del conjunto—. Dímela tú, encanto.
Y probó de nuevo con el motor, estérilmente. Stella sugirió:
—¿No podríamos bajar todas a empujar el coche?
—Claro. Pero al menos hay una yarda de agua de profundidad en torno, y media de fango si no más. Nuestras escasas fuerzas se empantanarían ahí como en un cepo de goma arábiga, o yo no sé lo que me digo. Además, el viento sopla en dirección contraria. Lo tenemos todo adverso, queridas.
—Pero no podemos quedarnos aquí dentro y pasar la noche... —objetó amargamente Vicky.
—Claro que no. Esa corriente que veis ahí seguirá creciendo si la lluvia no cesa. Y no tiene trazas de hacerlo, la verdad. En menos de dos horas, como máximo, se saldrá de su actual cauce. Y este

desnivel se inundará del todo, siguiendo la trayectoria de esa riada. ¿Sabéis lo que ello significará?
—Dios mío, no lo digas —gimió Marion, estremeciéndose.
—Tenía que sucederme esto a mí, precisamente —se quejó Esther con voz temblorosa.
—Oye, rica, ¿y nosotras, qué? ¿Acaso crees que somos de piedra? —protestó Sharon.
—Es... es distinto. No tenéis tanto miedo como yo a... a las tormentas, a la lluvia...
—Pero tenemos miedo a la muerte, querida —dijo con sarcasmo Vicky —, Y ese torrente, si crece y nos arrastra, es nuestro funeral completo. Hay que salir de aquí.
—Eso es lo primero sensato que he oído decir en todo el tiempo —opinó Sharon, con un gesto de aprobación.
—Claro —apoyó Sabrina, no tan convencida—. Pero, ¿adónde vamos?
—Esas luces que vio Sharon... —sugirió la asustada Esther.
—Oh, las luces... —manifestó ásperamente la directora—. ¿Sabéis lo que es intentar caminar una milla con este fango, esta corriente de agua por doquier, la lluvia, un terreno inundado que no conocemos, la oscuridad de la noche y todo eso? Podríamos hundirnos en una zanja y no reaparecer más.
—Sabemos nadar todas, ¿no? —sugirió animosamente Vicky, mirando a sus compañeras.
Hubo un general asentimiento, a excepción de Esther, que objetó:
—No soy muy buena nadadora. Imaginad en agua fangosa y torrencial... Esto no es precisamente una piscina de Hollywood, para rodar una película de Esther Williams...
—Mira, ricura, Esther Williams hace siglos que dejó de mojarse en piscinas en tecnicolor —se irritó Stella, golpeándose los muslos con sus manos, tal vez para dar rienda suelta a su tensión nerviosa —. Olvídate de artistas «carrozas» y piensa en ti y en las demás. Aunque estoy de acuerdo contigo. Nadar en ese agua fangosa y sucia, si caemos en una zanja, es como jugarse la vida a una sola carta.
—¿Veis otra solución? —sugirió Sabrina, tensa, mirando preocupada la paulatina intensidad y violencia con que rugía el torrente ante ellas, hacia el sudoeste, quizás en busca de algún río o arroyo que condujera aquel agua al mar.
—No —negó Sharon, tajante—. Hay que salir.
—¿Y... los instrumentos, las ropas? —musitó angustiada Marion—, Es todo cuanto tenemos...
—Está asegurado, queridas —suspiró Sabrina moviendo la cabeza de un lado a otro—. Pero la vida, aunque tengas un seguro hecho, no te la devuelve nadie si la pierdes, recuerda eso. Yo opino como Sharon:

hay que abandonar esta furgoneta de inmediato e intentar llegar a esas luces. Sugiero llevar todas nuestras linternas y la balsa de goma con que practicáis deporte en lagunas y sitios costeros, para una posible emergencia. Quien quiera cargar con un instrumento ligero, allá ella. La batería no es problema, porque habrá alguna en San Diego, si es que alguna vez llegamos allí. El vestuario deberá dejarse aquí forzosamente. Todo se puede resolver menos la muerte, recordadlo. Seguiremos el camino más seguro, donde no se vean zonas inundadas, si es que existe algún punto así. Si no... que Dios nos ayude. Cualquier riesgo será mejor que quedarnos aquí dentro por más tiempo.

Hubo un asentimiento general. Impermeables, capuchas de plástico brillante y botas de goma o materia plástica de vivos colores, salieron a relucir con frenética actividad.

—Tardaremos bastante en llegar a sitio habitado, aun suponiendo que tengamos suerte de salir bien del trance, ¿no?

—preguntó Vicky, abrochando dificultosamente su impermeable amarillo sobre el torso exuberante.

—Sí, supongo que sí —admitió gravemente Sabrina, rebuscando en el tablier hasta reunir tres lámparas eléctricas, un par de pilas de repuesto... y una pistola.

—¿Adónde vas con eso? —se sorprendió Sharon, mientras echaba la capucha sobre sus suaves cabellos castaños, y el bonito rostro era cubierto por la sombra del plástico rojo brillante.

—¿La pistola? —Sabrina arrugó el ceño, guardando el arma, de calibre 32, en su bolsillo—. Nunca se sabe, querida. En noches de tormenta pueden haber lobos, perros salvajes... e incluso hombres.

—¿Hombres? —suspiró Marion—. ¿Dónde hay cosas tan estupendas?

—Eres una ninfómana incorregible —la reprochó su directora—. Hablo de hombres peligrosos, Marion, no de machos apetecibles. Tíos desaprensivos que podrían intentar abusar de una situación como ésta. Seis mujeres solas, cinco de ellas muy atractivas por cierto...

—Vamos, vamos, no seas modesta —sonrió Stella, cuya pelirroja melena cubría ya su caperuza verde charolada, y los muslos se tapaban a medias por su impermeable, en tanto las botas de goma lo hacían con sus pantorrillas—. Tampoco estás nada mal, Sabrina. Una treintona de buen ver, ¿no?

Hubo algunas que rieron, no se sabía si por buen ánimo o para alejar de sí la histeria del miedo. Sabrina torció el gesto, aunque sus ojos sonreían.

—Id al diablo todas. Dentro de poco no seré treintona, sino cuarentona. Una «carroza», como vosotras decís hoy día.

—Pues tienes unos buenos pechos y un trasero estupendo —ponderó

Esther.
—Oye, oye, ¿te gustan las mujeres? —receló Stella, mirando a su compañera.
—Y un cuerno —se irritó la muchacha de tez morena, cuya raza mulata era obvia, aunque no demasiado exagerada, debido al color canela de su piel y al rizoso de su cabello negrísimo, ahora en contraste con el blanco reluciente de su charolado impermeable—. Me gustan los tíos, como a todas. Pero reconozco que nuestra patrona no está tan mal ni es una vieja.
—Bueno, tengamos la fiesta en paz —concilió Sabrina a sus compañeras—. Lo que ha dicho la muchacha no es para sacar las cosas de quicio. Agradezco tu gentileza, Esther. Sé cuál es tu auténtica intención, no hagas caso de estos diablos. Ahora dejaos de tonterías y concentrad vuestra atención en la tarea que debemos iniciar. Recordad que dependemos de nosotras mismas. Debimos haber regresado por la autopista, en vez de tomar este atajo. Creo que el afán por cumplir un compromiso profesional nos ha metido en este atolladero. Ahora, esperemos tener suerte para salir de él ilesas, y no se repetirá semejante error.
Había llegado el momento de abandonar la furgoneta. Las muchachas recogieron sus pertenencias más necesarias: algunos bolsos o necesers, y dos de ellas sus guitarras eléctricas. Esther tomó su trompeta que alternaba con la tarea vocal en el conjunto formando dúo con Sharon, la cantante titular de «Las Rockynautas», y las demás renunciaron a sus propios instrumentos. Sabrina no necesitaba su batería, ni Marion quiso tomar su saxo, por considerarlo una carga peligrosa para su seguridad.
—Ya compraré uno en San Diego —dijo, con un suspiro, despidiéndose con la vista del enfundado instrumento al salir de la furgoneta con las demás—. Le tenía cariño, pero más quiero a mi propia piel...
Salieron al exterior. De inmediato, sus piernas se hundieron en el agua fangosa hasta cerca de la rodilla, y lanzaron gritos de terror al sentir el fondo viscoso y resbaladizo bajo sus pies. Caminaron con alguna dificultad. Sabrina señaló a la distancia, a las lucecillas parpadeantes en la noche.
—Allí —dijo gravemente—. Tenemos que movernos en esa dirección, sin rodeos, mientras el terreno lo permita, recordadlo. No se separe ninguna del grupo ni se quede atrás. Es todo, queridas. ¡En marcha, y que Dios nos acompañe!
Y se inició, bajo el azote de la lluvia torrencial y el viento, en la oscura noche de la campiña californiana medio inundada, una marcha que sería sin duda una auténtica odisea de horas, en el mejor de los casos, para arribar al lugar seguro que, sin duda alguna, prometían

aquellas luces, tan cercanas a ellas y, sin embargo, tan remotas, dada la situación por la que atravesaban las seis valerosas mujeres.

* * *

—¡Mirad! ¡Hemos llegado! ¡Lo conseguimos!

Era una exclamación jubilosa, radiante, escapando de unos labios ateridos, en un rostro chorreante de agua, salpicado de fango, pálido y cansado, con mojados rizos color azabache escapando bajo la blanca capucha de plástico.

Era cierto. La mulatita tenía razón. Ante ellas, las luces eran ya algo concreto, inmediato, tangible casi. Y delante de ellas, un sendero azotado por la lluvia, con casi tres palmos de agua, asomaba un cartel blanco, que anunciaba, al resplandor de la lámpara eléctrica de Sabrina:

LAGUNA VALLEY
BIENVENIDO

Lo que había detrás del cartel no era demasiado alentador, pese a su hospitalaria salutación al viajero. Todo lo más seis o siete edificios, en su mayoría de simple ladrillo, formando una especie de calle a ambos lados de una carretera no muy ancha. Eso era todo. Pero era algo. Había tejados, había muros, había luz. Y, sin duda, había gente, vida.

Era su refugio, al fin. La salvación en la sombría noche tormentosa. Habían logrado lo más difícil: salvar tres horas de infernal camino, entre torrentes, charcos profundos, sendas enfangadas, arbustos flotando en agua y peligrosas grietas del terreno cubiertas por traicioneras superficies de agua oscura. Algunas caídas, la inmersión de Esther, que estuvo a punto de costar un disgusto, aunque la experta nadadora que era Marion pudo evitar lo peor, lanzándose al amplio charco de más de dos yardas de profundidad, para sacar a su compañera de color, y finalmente una herida en el brazo, con unos matojos de espinos a Stella, había sido todo el bagaje de infortunios que tuvieron que vivir las seis mujeres para salvar tan infernal recorrido a través de la noche.

Ahora, estaban a salvo. Laguna Valley era un villorrio, pero era algo, cuando menos. Especialmente, cuando al caminar unos pasos más, unos guiños luminosos, color rojo anaranjado, anunciaron algo esperanzador, en uno de los alargados edificios de una sola planta:

MOTEL

Era la esperanza hecha realidad. Un sitio donde cobijarse, donde pasar la noche, ya a salvo de todo riesgo, a la espera de que amainase el temporal y los caminos se hicieran accesibles para llegar a alguna parte civilizada.

—Bueno, chicas, creo que hemos llegado a nuestra meta —anunció Sabrina, con voz optimista—. Vamos a ir directamente a ese motel. Lo primero es asearse un poco, entrar en calor y tener un techo para cobijarse. Luego pensaremos en comer algo y descansar, a la espera del nuevo día. ¿De acuerdo todas?
—Claro, Sabrina, lo que tú digas —se apresuró a convenir Sharon con entusiasmo—. Después de todo lo sufrido, esto me parece un paraíso.
—Y a mí —corroboró Vicky, con un suspiro profundo.
—Sólo falta que haya hombres guapos... —apuntó Marion, incorregible.
Todas la miraron, luego se miraron entre sí y se echaron a reír, haciendo soltar también la carcajada a la propia Marion, que por un momento había temido una lluvia de improperios. Incluso Sabrina reía de buena gana.
—Aunque te acuestes con todo el pueblo, querida, no te diré una sola palabra —prometió la directora —. Pero, por favor, espera un poco, ¿quieres?
Avanzaron llenas de optimismo hacia el motel con su luminoso de neón parpadeando en la noche, a través de la cortina de insistente lluvia. Los demás edificios, muchos de ellos en sombras, formaban dos hileras a ambos lados de la asfaltada cinta sumergida en agua. Pero ahora pisaban suelo firme, de asfalto, y el nivel de lo inundado no pasaba de sus botas de goma.
Llegaron ante el motel. Un rótulo, sobre el vidrio de la puerta iluminada, les dio mayores ánimos aún:
Plazas vacantes. Servicio de bar-restaurante durante las veinticuatro horas del día.
—Eso es mucho más de lo que hubiéramos soñado hace sólo una hora, ¿no os parece? —ponderó Stella, con los ojos brillantes al leer lo relativo a la comida.
—Quizás incluso tengan bombones y confitería —señaló burlona Vicky.
En vez de enfadarse esta vez, Stella rió de buen humor, mientras Sabrina empujaba la puerta y tintineaba una campanilla en el interior del recinto, con ecos profundos y lúgubres.
Los ánimos de las mujeres se desvanecieron un tanto al pisar el vestíbulo del motel. Las promesas del luminoso y del rótulo de la puerta palidecieron bastante, al menos en lo que se refería a una primera impresión.
El lugar no podía resultar más deprimente. Alargado, destartalado, frío y húmedo, con un pequeño cubículo para recepción, con un cartel turístico de California descolorido por el tiempo, un cuadro de casilleros con llaves, un libro-registro de mugrientas tapas, un bolígrafo agrietado junto a él, y algunos cuadros baratos,

representando flores o pájaros en desvaídas y sucias litografías. El aire olía a abandono, y cualquiera hubiera dicho que el lugar estaba deshabitado, de no ser por la luz eléctrica encendida, aunque fuese una simple bombilla colgando del techo, sobre el mostrador de recepción, con una pantalla de plástico verde sucio. Y porque unas pisadas lentas y desganadas se aproximaron al lugar desde alguna parte del interior.

—Pues la verdad es que no me gusta esto demasiado —se quejó Sharon, deprimida.

—Ni a mí —convino Sabrina, fruncido su ceño—, Pero es mejor que la intemperie, ¿no?

En eso, todas estuvieron de acuerdo, afirmando con la cabeza. Por fin, los pasos sonaron ante ellas. Giraron todas la cabeza hacia el origen de ese ruido arrastrado y parsimonioso. Se encontraron ante el primer ser viviente tras su odisea de aquella noche. Y la impresión tampoco fue nada favorable.

El hombre era alto, flaco y descolorido, con la cara tan rugosa como una manzana después de tres semanas encima de un frutero, y mirada grisácea y ausente, que contemplaba a todo y a todos con una indiferencia rayana en el desprecio. Brazos largos, simiescos, velludos en lo que dejaban ver las mangas de su rayada camisa nada limpia, con unas manos enormes y nervudas, de nudillos sobresalientes, como si padeciera artrosis. Tenía poco pelo y ralo, tan gris desvaído como sus pupilas pequeñas, algo seniles, pese a que el tipo no tendría más de cincuenta años de edad.

—¿De dónde salen ustedes? —preguntó casi desabrido, contemplando a las seis mujeres como si fuesen marcianos recién desembarcados de un platillo volante.

—Del infierno —gruñó Sabrina, poco amistosa, estudiando al tipo sin ninguna simpatía —. ¿Es usted el conserje de este motel?

—Sí, soy Wheeler, el conserje, camarero y encargado, todo en una pieza. ¿Qué es lo que quieren?

—A la vista está, ¿no? Queremos habitaciones, duchas y comida. Sólo eso.

—Piden demasiado. Habitaciones hay, pero no seis. Sólo dos o tres.

—Está bien, nos arreglaremos —se mostró conciliadora Sabrina —. ¿Tienen ducha?

—Sí, pero no todas funcionan. Y menos con este aguacero. Hay avería en las tuberías, a causa de la tormenta.

—Bueno, también arreglaremos eso como sea —resopló la directora del grupo, empezando a mostrar signos de impaciencia—, ¿Y comida?

—Eso está más difícil —gruñó el tal Wheeler con aire lúgubre.

—Vaya por Dios —murmuró Stella—. ¿Entonces para qué tiene ese

letrero ahí fuera, amigo?
—Bueno, en circunstancias normales no ocurre nada —se encogió de hombros el conserje con displicencia —. Es una región donde llueve de lustro en lustro.
—Y hoy nos tocó a nosotras el turno del lustro, ¿no? —ironizó Sharon —. ¿Qué tiene que ver la lluvia con la comida? Ahí fuera dice que sirven comidas las veinticuatro horas del día...
—Bueno, no hagan caso del letrero. Es del dueño anterior de esto. El señor Cooley, su actual propietario, no pensó jamás en tener abierto el bar día y noche. No tiene sentido. Aquí, todo el mundo duerme a las diez de la noche, y nunca cae un cliente que pida cenar a las nueve o las diez, como ustedes.
—Pero habrá dónde encontrar comida... —susurró Stella, realmente asustada.
—Ahora, lo dudo. Sólo hay una cantina en el pueblo, la del viejo Ralph. No creo que esté abierta, y menos con esta lluvia. En la tienda de los Reeves hay latas y todo eso, pero cierra a las seis en punto. No, no hay muchas posibilidades de conseguir cena, la verdad. Pero me han caldo ustedes bien.
—Menos mal... —musitó en voz muy baja Vicky a sus compañeras—. Si llegamos a caerle mal...
Y rió sofocadamente. El tal Wheeler podía ser un tipo ausente, pero no era sordo ni tonto. Miró de soslayo hacia la rubia cuando reía entre dientes, justo al tiempo en que ésta se desabrochaba su empapado impermeable, y pareció dejar clavados sus ojos estupefactos en los enormes senos de la muchacha, dibujados con agresiva claridad bajo su camisa mojada, incluso en el rollizo remate de tan majestuosas ubres.
De todos modos, el conserje puso mala cara un momento, aunque humedeció los labios delgados con su lengua, inquieto al parecer ante la contemplación de aquella majestuosa anatomía femenina. Cuando habló, lo hizo pesadamente:
—Les buscaré algo en el bar. Creo que podré servirles emparedados, café y alguna cosa así, incluidas cervezas, si me dan un poco de tiempo.
—Cielos, será usted un ángel si hace algo así —alabó con renovada esperanza Sabrina, dirigiéndole su mejor sonrisa a aquel singular individuo que tardaba tanto en expresar, a su modo, sus presuntas simpatías. Que, sin duda, debían estar ahora poderosamente influidas por las formas de Vicky, en cuyo torso permanecía absorto el tal Wheeler.
—Mientras, vayan firmando en el libro-registro —dijo con indiferencia el hombre—. Y vayan a sus cuartos. Todos están en esta planta, como supondrán, porque no hay otra. Pueden ir por el porche o por el

pasillo, porque todos los apartamentos tienen dos puertas. Imagino que, dado su estado, prefieren el pasillo.
—Por supuesto —dijo Sharon con rapidez, mirando a la cortina de lluvia que seguía cayendo, más allá de la puerta vidriera del motel.
El hombre puso tres llaves sobre el mostrador, con sus respectivas chapas numeradas, y abrió el libro-registro por una determinada página, al tiempo que se encaminaba a una puerta trasera, situada más allá de recepción, con andares cansinos.
Todas ellas firmaron con sus nombres y apellidos, en las casillas correspondientes del viejo libro de páginas grasientas, salpicadas de excrementos de mosca:
Sabrina Fox Sharon Murray Vicky Kenton Stella Ross Marion Talbot Esther Kelly
Y enfrente, la misma profesión para las seis: músico.
Tomaron las llaves. Sabrina las repartió:
—Esther y Marion, habitación número 3. Stella y Vicky, la número 4. Sharon y yo, la número 5. Es todo, muchachas. Adelante, y ojalá funcionen las cañerías lo suficiente para quitarnos de encima este barro y asearnos un poco...
Con cierta alegría, pese al depresivo ambiente del motel, se encaminaron corredor adelante hacia las habitaciones. Vieron que era un largo pasillo con sólo cinco habitaciones en hilera a un mismo lado. Las número 1 y 2 quedaron atrás. Todas le dirigieron a ambas puertas una mirada curiosa. No estaban sus llaves en el casillero del motel, ya lo habían comprobado antes.
--Debe de haber más huéspedes —comentó Vicky en voz baja.
—¿Tú crees? —dudó abiertamente su compañera de habitación Stella —, Este sitio no parece abundar en forasteros, diría yo.
—Pues ya ves: somos nada menos que seis forasteras de golpe —rió Esther, bastante más animada ya que en el exterior, con su piel color canela menos pálida que en el viaje bajo el aguacero.
—Si, pero gente como nosotras no abunda —señaló secamente Sabrina con ironía, mientras abría camino en el pasillo, deteniéndose en la puerta número tres, la primera en buena lógica, tras las dos iniciales—. Ya hemos llegado, Sharon. Tendrás que soportarme por esta noche.
—Me acostaría aunque fuese con el diablo —sonrió la joven de verdes ojos y pelo castaño—. Tú, después de todo, resultas infinitamente más agradable, Sabrina, aunque seas nuestra «jefa».
Rieron todas de buena gana, y comenzaron a dividirse en cada habitación. Resultaron ser éstas desnudas y modestas estancias con dos camas gemelas, un armario empotrado, un cuarto de aseo muy pequeño, una lámpara en la mesilla y otra colgada del techo, y una puerta-ventana asomada al porche, por cuyas rendijas se filtraba el

ulular del viento y el martilleo sordo de la lluvia en la vegetación próxima y en los tejadillos de los porches. En aquellas habitaciones no había ni un solo televisor, sino ni siquiera una miserable radio.
—No es precisamente un palacio —suspiró Sabrina, dejando caer su bolso encima de una de las camas, con aire de desaliento —. Pero dormiría aunque fuese en un palomar.
—Y yo —aseguró su compañera con énfasis.
Probaron el agua. Por fortuna, la cosa no era tan mala como anunciara Wheeler, el conserje. El agua caliente funcionaba, aunque no con mucha fuerza, y las seis mujeres pudieron asearse relativamente bien, quitándose de encima barro y suciedad hasta que sus cuerpos recuperaron la limpieza normal, bajo el azote difuminado de una ducha escasa, simplemente tibia, pero que al lado de la lluvia soportada antes, era como un regalo del cielo.
Estaban poniéndose de nuevo sus ropas, no secas del todo, especialmente en sus bajos, donde los impermeables las dejaban al descubierto, cuando unos nudillos poderosos golpearon en cada puerta. Abrieron ellas. Wheeler estaba allí con una bolsa de plástico y una caja de cartón conteniendo media docena de botellas de cerveza y un pote de café caliente. Puso todo ello sobre una mesilla, limitándose a exponer con aire absorto:
—Son cinco dólares por el refrigerio. Y treinta y seis dólares las habitaciones, incluido el desayuno de mañana.
Sin rechistar, Sabrina puso en manos del conserje cuatro billetes de diez. Los enormes dedos del hombre se cerraron como garras sobre el dinero.
—No sé si tendré cambio... —confesó.
—Mañana me devolverá el resto —se encogió de hombros Sabrina Fox—. Se queda usted con un par de dólares y me da los otros dos. Gracias por el favor, amigo.
—Oh, de nada. Rebañé todo lo que había por el bar. Los sandwiches son de ayer, pero no están mal del todo. Si acaso, los de pollo un poco secos. Pero cuando hay apetito, todo pasa, ¿verdad?
—Verdad —asintió Sabrina, que se apresuró a empujar al hombre al pasillo, al ver cómo miraba de reojo hacia el abdomen de Sharon, desnudo ahora al llevar su blusa recogida con un nudo sobre el estómago, a causa de lo mojada que estaba la prenda —. Gracias por todo, y buenas noches.
—Buenas noches... —rezongó el hombre, humedeciendo de nuevo sus labios sin quitar ojo del ombligo de la muchacha —. Si necesitan algo, toquen el timbre de la cabecera y acudiré, señoritas...
—Así lo haremos, descuide —dijo Sharon, distraída. Y añadió, como al azar—: ¿Tenemos vecinos de habitación?
—¿Se refiere a otros huéspedes? —el conserje asintió—. Sí. Uno. En

la número uno.
—Ya. ¿Y en la dos no hay nadie?
—Nadie. Ahora, no. Hubo un tipo, pero ahora está alojado en otro sitio más incómodo: la cárcel del pueblo.
—¿Encarcelado? —Sharon enarcó las cejas—, ¿Por qué? ¿Qué hizo?
—Mató a una chica. Y la violó —fue la explicación tajante del hombre, al tiempo que daba media vuelta.
Sharon y Sabrina cambiaron una mirada de terror. Rápida, la directora del grupo músico-vocal fue tras de Wheeler ahora, aferrándole de una manga en el corredor.
—Espere —pidió, jadeante—. ¿Dice que hay un asesino en Laguna Valley?
—Eso dije, sí —farfulló el hombre—. Gaylor Temple, el loco.
—¿Loco? —se estremeció Sabrina Fox.
—Eso es: un chiflado asesino que mata mujeres después de violarlas. Un tipo peligroso. Se alojó aquí durante varios días. Dijo que era pintor. Una chica de estos alrededores, la granjera Karin Fowler, se prestó a hacer de modelo del tipo. Karin siempre fue una chica algo atrevida y excéntrica. Soñaba con irse de modelo alguna vez a Los Angeles o a San Francisco. Ahora está enterrada. Pobrecilla... Ese cerdo la estranguló, después de abusar de ella salvaje...
—Cielos... —cambió una mirada con Sharon—. ¿Y... el otro viajero alojado aquí? ¿Es también un... un hombre?
—¿El de la dos? Sí, claro. Otro tipo raro...
Lo decía como si tal cosa. Las dos mujeres volvieron a mirarse, inquietas.
—¿Raro? ¿A qué llama usted raro? —quiso saber Sabrina. Iba a hablar Wheeler cuando se abrió la puerta número dos. Sonriendo, meneó la cabeza y dijo:
—Ahí lo tienen. Juzguen ustedes mismas, señoritas. Buenas noches...
Y se alejó pasillo adelante, siempre cachazudo y apático, mientras en la puerta repentinamente abierta, una figura inquietante causaba auténtico terror en las dos mujeres.

CAPITULO III

El hombre era realmente estremecedor.

Alto, pálido, delgado, aunque joven y no mal parecido sin duda, poseía una apariencia física inquietante. Vestía enteramente de negro, incluso con un jersey de igual color, de cuello alto, en vez de camisa.

De cabello oscuro, ojos profundos y gesto frío, hubiera resultado guapo, de no ser por su tez extremadamente lívida, su expresión glacial, su aire tétrico, que producía en aquel ambiente y con semejante noche, un efecto devastador, especialmente en mujeres solitarias que habían viajado a través de la tormenta con riesgo de sus vidas, y acababan de oír hablar de un sádico asesino y violador.

El desconocido se quedó mirándolas con una fijeza incómoda, y manifestó utilizando una voz dura y carente de calor humano:

—Es una sorpresa... ¿Mujeres en este motel?

—Nos... nos quedamos aisladas en la ruta con nuestro coche —silabeó Sabrina, rehuyendo la mirada del joven y misterioso desconocido—. Somos seis mujeres y formamos un conjunto músico-vocal de mucho éxito en el país. ¿Quién es usted, aparte de ocupar una habitación vecina a la nuestra, caballero?

El aludido sonrió, y su gesto resultó aún menos alentador. Poseía un modo de sonreír extraño, deshumanizado, que helaba la sangre en las venas, pese a la nitidez de sus dientes, iguales y blancos. Sabrina y Sharon se dijeron que el matiz de los labios de aquel joven de lívida faz era casi amoratado. Sombras violáceas rodeaban sus ojos ardientes y helados a la vez.

—Mi nombre es Scott Kebee —dijo—. No creo que eso les diga mucho.

—No, la verdad es que no —admitió Sharon desde la puerta de la habitación, de mala gana.

Las otras puertas se habían abierto ya, sin duda atraídas sus ocupantes por las voces de Sharon y Sabrina. Vicky cometió el error de asomar desnuda de cintura para arriba, con un sujetador en su mano. La increíble visión de aquellos bamboleantes pechos gigantescos y blancos, no pareció hacer mella en el extraño señor Kebee, pese a que Vicky lanzó un gritito al advertir la presencia de un hombre, y se cubrió dificultosamente parte de sus generosos senos con sus manos y el sujetador.

—¿Y la cena? —quiso saber Stella, asomando su pelirroja cabecita recién lavada.

Enmudeció al ver al extraño joven. Este las miró a todas inquisitivamente, sin reflejar admiración o sorpresa en su lívida faz.

—Muy atractivas todas —ponderó—. Las felicito. Deben formar un conjunto de mucho éxito, aunque no sean unas virtuosas de la

música...
—Muy amable —dijo con sarcasmo Sabrina —. Vicky, ¿dónde diablos crees que estás? Esto no es una isla desierta donde estemos nosotras solas. Tápate un poco, ¿quieres?
—Yo no podía saber... —se excusó la joven, enrojeciendo y apresurándose a entrar en su habitación.
Pero antes, tuvo que oír lo que Sharon decía con tono irónico a todas sus compañeras de profesión:
—Este caballero vecino nuestro, aparte recordar mucho a Drácula, no sabemos si es de fiar o no, Vicky, pero te conviene saber que hay un hombre en la cárcel local, acusado de violación y asesinato de una chica. Es pintor y está loco...
Eso va también por ti, Stella. ¿Dónde olvidaste esta vez tus pantalones?
La golosa pelirroja pegó un respingo, al advertir que llevaba solamente su camisa, y debajo de los faldones de ésta, asomaba su slip, pequeño y transparente, por toda prenda. Las bellas piernas de la joven, con sus llamativos muslos desnudos, eran todo un espectáculo para cualquier hombre, pero el joven descolorido no pareció prestarle la menor atención.
—No se preocupen —sonrió ambiguamente el tal Kebee—. Puede que mi aspecto no sea tranquilizador, pero les aseguro que soy inofensivo. El loco era Gaylor Temple, el vecino de la número uno. Ahora está a buen recaudo. Esa pobre chica granjera...
Meneó la cabeza, y volvió a sonreírles a todas, con su rara frialdad, no sin añadir un seco y cortés «buenas noches a todas». La puerta se cerró tras él. Se oyó chirriar la cerradura al girar una llave en ella, por dentro.
Las cuatro chicas restantes se apresuraron a entrar en la habitación de Sabrina y Sharon, formando un asustado corro. Vicky no sólo se había puesto el sujetador, evidentemente insuficiente para el volumen de su torso, sino también una camisa vaquera aún sin secar.
—Dios mío, este lugar es de pesadilla —gimió Esther, demudada—. Un loco asesino, un fantasma con cara de vampiro... ¿Sabéis si a Drácula le gustaba chupar sangre de mulata?
—No creo que pensaran en eso los guionistas ni el autor de la obra, la verdad —confesó Sabrina de mal humor—. Pero tienes razón. No me gusta este sitio. Imaginad si el loco escapara... Con seis mujeres a su alcance, en un lugar como éste...
—La cárcel no puede ser demasiado segura en un pueblo así —apuntó Marion, medrosa.
—Es lo mismo que yo estaba pensando —confirmó Stella, ya con sus pantalones largos en vez de exhibir las piernas con sus tejanos recortados—. Os confieso que ese tipo me ha pegado un buen susto.

Parece recién salido de la tumba...
—Calmaos —trató de serenarlas Sabrina—No creo que sea peligroso, pese a todo. Ni siquiera pareció preocuparle ver desnudos los pechos de Vicky o los muslos de Stella.
—Puede ser de los que no revelan sus emociones. Dicen que los psicópatas son así —apuntó Marion, preocupada.
—Dejad todo eso ahora —cortó Sabrina con energía—. Tenemos que reponer fuerzas. Tomemos estos alimentos cuanto antes. Luego cerraremos nuestras puertas. Somos dos en cada dormitorio, de modo que no es fácil que nos sorprenda nadie. Una mujer sola puede ser fácil presa. Dos, ya es diferente. No os separéis ninguna de la otra por nada del mundo durante toda la noche, ocurra lo que ocurra. Ahora, cenemos.
Se tendieron en ambas camas, en distintas posturas, atacando los alimentos, que si no abundantes, al menos mitigaron su hambre y calmaron su sed de algo caliente y confortante. Al terminar con las cervezas, café y emparedados, todas ellas parecían bastante más animosas que al principio.
—Tú estás armada, Sabrina —recordó Sharon—. Por tanto, nuestra habitación es la que menos tiene que temer. Vosotras deberíais llevaros algo contundente para un caso de emergencia. Las lámparas eléctricas, por ejemplo, son pesadas y pueden causar daño si se usan como arma defensiva. Está también la trompeta de Esther, con su funda, como excelente objeto para golpear...
—Mi pobre trompeta... —gimió la mulata.
—¿Estimas más el instrumento o tu pellejo, querida? —apuntó Marion, su compañera de cuarto.
—Tenéis razón. La usaré si es preciso, a la menor señal de alarma.
—Bien. Por otro lado, tenemos los timbres, pero no me fío demasiado de la ayuda que pudiera prestarnos ese Wheeler. Llamad cualquiera que note algo sospechoso, y nos uniremos todas en un grupo común contra el enemigo, ¿de acuerdo?
—Sí, Sabrina, gracias —suspiró Vicky con alivio—. Así estaremos más tranquilas todas. A fin de cuentas, nos enteraríamos si escapara ese loco. Habrá policía en este pueblo, imagino...
Como respuesta a ese comentario de la rubia joven,. un repentino sobresalto general invadió a todas, al resonar fuertemente en la puerta unos golpes sordos, y una voz varonil, bien timbrada, anunciar con nitidez:
—¡Abran, señoritas! ¡Abran, por favor! En nombre de la Ley, deseo hablar con ustedes. Soy el sheriff de Laguna Valley, Wilburn Miller...

* * *

El sheriff Miller no había venido solo. Su ayudante le escoltaba, rifle en

mano, exhibiendo en su camisa color avellana la placa de comisario. Así como su jefe era un hombre fornido, de pelo canoso, rostro cuadrangular y edad mediana, su ayudante era joven, risueño y simpático, de alegres ojos grises y sonrisa fácil. Alto, enjuto y vigoroso, no tendría más allá de veinticinco o veintiséis años, y una especialista en el sexo opuesto, como era Marion Talbot, juzgó en seguida que era un guapo mozo, capaz de resultar irresistible a una chica.
Tal vez por ese motivo, la mayor parte de las jóvenes artistas se sentían ahora complacidas por la interrupción de los dos agentes de la Ley local, reunidos con ellas en la alcoba de Sabrina y Sharon, en amable tertulia.
—Bien, señoritas —había comenzado diciendo Wilburn Miller, tras presentarse todas ellas, una a una —. A lo que veo, son todas artistas e iban a actuar esta noche ante su público...
Eso era en San Diego, sheriff —suspiró Sabrina—. Y queda ya tan lejos de nosotras esa posibilidad por el momento...
—Es admirable que pudieran llegar desde la carretera comarcal hasta aquí —elogió el sheriff, mirándolas una a una, paternalmente—. Hay más de una milla, y el camino es pésimo y muy peligroso cuando llueve así...
—Díganoslo a nosotras —murmuró Sharon, moviendo la cabeza—. Llegué a pensar que era la última noche de mi vida...
—Creo que tampoco Laguna Valley les habrá levantado el ánimo tras esa aventura —sonrió el sheriff—. Es un villorrio impropio para albergar a seis mujeres como ustedes.
—Para nosotras ha sido como el oasis en el desierto, un paraíso auténtico, se lo juro — confesó Sabrina—. Hemos podido comer algo, tenemos un techo, una cama... No podemos pedir más.
—Sin embargo, parecen asustadas por algo —sonrió el sheriff.
Ellas se miraron entre sí. Ninguna confesó el motivo. Miller miró a su ayudante, y ambos rieron brevemente.
—Alguien les contó lo de Temple, ¿no? —fue el comentario del joven comisario.
—¿El loco? Pues... sí —admitió Sabrina, bajando la cabeza—. Wheeler habló de ello.
—El viejo y charlatán de Pete Wheeler tenía que ser —Miller meneó la cabeza —. No debió mencionárselo siquiera. Pero no teman. El asesino está a buen recaudo.
—¿Seguro? —dudó Vicky.
El sheriff no pudo evitar una admirativa ojeada a los senos espléndidos de la muchacha. Luego asintió.
—Seguro. Este es un sitio pequeño, pero la cárcel es sólida. Y ese Temple está bajo el efecto de los sedantes. Un médico le visitó esta

mañana, de paso hacia Santa Ysabel. Vendrá una ambulancia con policías para recogerle, en cuanto amaine el temporal y los caminos estén transitables, me lo dijeron por teléfono antes de cortarse las líneas.

—¿Se... se han cortado las líneas telefónicas? —se alarmó Sabrina, sin saber por qué.

—Claro —confirmó el joven comisario—. La lluvia, el viento... Estos sitios no están preparados para semejante climatología, señorita...

—No deben temer nada. En cuanto supe que había forasteras en el pueblo, decidí venir a conocerlas. Suponía que Wheeler habría hablado de más. Lo hace siempre. Nosotros tenemos nuestra vivienda entre la cárcel y el motel. Esta noche, vigilará uno de nosotros y el otro dormirá, virtualmente aquí al lado mismo. No ocurrirá nada, estén tranquilas.

—¿Y ahora? ¿Quién vigila al loco? —se inquietó Sharon, parpadeando.

El joven alguacil miró con viveza a la joven cantante. Hubo un destello especial de simpatía en sus grises ojos joviales cuando le respondió, apaciguador:

—No tema —murmuró suavemente—. Tenemos un ayudante especial, un espontáneo digno de toda confianza. Se llama Dick Mallory y trabaja en la gasolinera local como empleado del dueño de la misma, Noah Mariner. Le aseguro que es un tipo duro, capaz de cualquier cosa con un arma de fuego en la mano y una tarea que cumplir. No soy yo quien quisiera estar en el pellejo de ese demente, si intentara escapar estando Mallory de vigilante.

—Gus tiene razón —apoyó con firmeza el sheriff, quien añadió luego, señalando a su joven auxiliar—: Bueno, me refiero a Gus Nelson, mi alguacil. Lo que ha dicho de Dick Mallory es absolutamente cierto, no les quepa duda. Ese criminal está bien vigilado con ese mozo situado frente a la celda, rifle en mano.

—Bueno, menos mal —suspiró Sharon, no demasiado convencida, al parecer—. Eso nos debe tranquilizar un poco, sheriff.

—No les quepa duda alguna. El tal Temple no es de por aquí. Apareció vagabundeando, pidió trabajo para poder ir pintando en sus ratos libres, y el necio de Reeves, el del drugstore local, le dio una tarea. Mal pagada, pero tarea a fin de cuentas. Sólo llevaba aquí una semana, pintando y trabajando sin problemas, cuando ocurrió lo de la pobre chica granjera, Karin Power. Había arrendado una casucha, un granero de la señora Lange, una anciana medio ciega que tenemos por vecina, y allí pintaba sus cosas, durmiendo en el motel. Siempre desnudos, obscenidades. La pobre Karin confió en que ése podía ser su camino hacia el éxito, y posó desnuda para él. Allí la encontramos, estrangulada, después de haber sido víctima de abusos sexuales que

prefiero omitir para no horrorizarlas a ustedes.
Reinó un silencio denso. Las muchachas seguían mirándose entre sí con temor y aprensión. Tal vez por ello el joven Nelson les trató de inyectar algo de moral:
—Eso es cosa pasada. Temple pagará su crimen y esto seguirá siendo el sitio tranquilo que fue siempre, antes de llegar él. El sheriff Miller y yo jamás tuvimos aquí otros problemas que los que puede provocar un borracho un sábado por la noche, algún cazador furtivo o un ladrón de gallinas.
—Sí que ha sido mala suerte la nuestra, llegar justo en estos momentos —comentó tristemente Marion Talbot.
El joven ayudante miró a la muchacha joven, que le sonrió provocativa, deslizando sus manos por las caderas. Pero para desilusión de la procaz muchachita, los ojos grises y vivaces del policía se mostraron más interesados en Sharon Murray que en ella. Fijó su mirada en la cantante del grupo, con sonrisa viril y cautivadora para cualquier chica, y comentó como si hubiera sido ésta la que le hablara:
—No se puede llamar en modo alguno mala suerte a la llegada a un sitio aburrido y triste como éste, de un ramillete de bellezas semejante, la verdad. Si necesitan algo de nosotros, no duden en llamarnos. Nos tienen a su entera disposición. Personalmente, además, me consideraré muy honrado de ser su protector, aunque no creo que eso haga falta. Usted no parece muy asustada, ¿verdad, señorita?
Y se dirigía abiertamente a Sharon, que sonrió, no pudiendo impedir que sus mejillas enrojeciesen, bajo la mirada cordial de aquel joven tan sumamente atractivo, al que el uniforme color avellana prestaba todavía mayor galanura.
—Pues... no, la verdad —confesó Sharon, turbada —. Soy bastante valerosa normalmente, o quizás es que considero que el posible peligro que representa ese hombre encarcelado no es tal en estos momentos, gracias a lo que ustedes nos han dicho.
—Me gustaría que nuestras palabras las hubieran tranquilizado — terció el sheriff, cortés—. Ahora debemos ausentarnos Gus y yo, señoritas. Les deseo una noche de descanso tranquilo, y ojalá el amanecer traiga una mejora del tiempo, pero yo que ustedes no confiaría demasiado en eso.
—¿Qué quiere decir? —se alarmó Sabrina, irguiendo la cabeza.
—Bueno, el sheriff es buen conocedor de! clima —sonrió Nelson, el alguacil —. Estoy de acuerdo con él, como hombre criado en el campo. Tenemos lluvia para rato. Yo diría que quizás para todo el fin de semana.
—¡Oh, no, Dios mío! —se lamentó Vicky, desolada —, ¿Y con igual

intensidad?
—O parecida —corroboró el sheriff Miller con pesimismo—. Lo peor de eso es que la región sufrirá inundaciones y les será muy difícil seguir viaje. Sospecho que tendrán que reducir su tarea profesional a ofrecernos el sábado por la noche o el domingo en matinal un show de los suyos. No ganarán lo que en San Diego, pero puede que eso les sirva para distraerse un poco... y alegrarnos la vida a los pocos habitantes de este lugar. Bien, no quiero ser agorero. Dios quiera que mis temores respecto al tiempo no se cumplan, y mañana, en San Diego, se rían de esta noche de terror vivida en un pueblecillo que ni siquiera figura en los mapas. Buenas noches y felices sueños, señoritas. Vamos, Gus, no sigas mirando a estas bellezas o acabarás perdiendo tu habitual serenidad y buen juicio, muchacho.
Nelson sonrió jovialmente, y agitó un brazo, despidiéndose de las jóvenes para irse en pos de su jefe. Una vez cerrada la habitación, Marion Talbot lanzó un suspiro profundo, con sus ojos en blanco:
—¡Qué chico! ¿Visteis qué guapo es y qué tipo tiene?
—No, hija —rezongó Vicky—Somos ciegas y tontas. No sé por qué le mirabas tanto. No es casado. No lleva anillo y es muy joven para ti, que te gustan los maduros...
—Me gustan los tipos como él, viriles y fuertes, sean como sean de edad —protestó en forma airada la más joven del grupo.
—Pero Sharon es quien se ganó sus preferencias, eso es obvio —comentó Stella, chascando la lengua —. Creo que ni mis muslos ni las tetas de Vicky le hubieran hecho cambiar de dirección la mirada al muchacho.
—¡Qué bruta eres, Stella! —le reprochó vivamente Sharon, enrojeciendo más aún, ante la risa de Esther y de Sabrina—. El muchacho no está nada mal, la verdad... pero no he soñado todavía con centrar mis futuros planes en un alguacil de pueblo.
—Bueno, basta de charla —cortó Sabrina con energía—. Es hora de dormir. Todas a la cama, chicas. Mañana hay que madrugar, por si escampa un poco y podemos seguir viaje lo antes posible.
—Me temo que eso sí que es sólo un sueño —comentó con pesimismo Esther.
Se fueron marchando, despidiéndose hasta el otro día. Cuando sonó la última puerta, Sabrina giró la llave de la suya, puso la pistola bajo la almohada y miró a Sharon que acababa de desvestirse, revelando bajo su discreta indumentaria que nada tenían que envidiar sus erectos y firmes senos a los de la agresiva Vicky, ni sus piernas espléndidas podían perder en competencia con la exhibicionista Stella. Poseía un cuerpo generoso, turgente y magnífico, que causó el asombro de su compañera de habitación.
—Oye, Sharon, nunca imaginé que tuvieses un cuerpo así —juzgó,

metiéndose en la cama—. Como no te gusta exhibirlo...
—Creo que una mujer no necesita exhibiciones para sentirse satisfecha de sí misma, Sabrina.
—Tienes razón. Ni tampoco para seducir a los hombres —suspiró ésta —. Ese joven policía se fascinó por ti sin verte más piel que la de tu rostro y manos. Tiene buen gusto, es evidente...
—Oh, deja ya eso —Sharon pareció disgustada con la mención, mientras se metía en el lecho, únicamente tapado su soberbio cuerpo juvenil con un breve slip y un sujetador—. Gus Nelson es un chico guapo y simpático, pero nada más. Dentro de pocas horas, ya habremos olvidado todas que existe, lo mismo que un lugar llamado Laguna Valley... Y Dios quiera que sea pronto. Hasta mañana, Sabrina.
—Hasta mañana, Sharon —y su compañera apagó la luz, mientras allá fuera seguía rugiendo la cortina de agua al golpear campos y edificios persistentemente.
Caminando bajo la lluvia, protegidos ahora por los impermeables que dejaran a la entrada del motel, el sheriff Miller y su joven ayudante Nelson caminaban entre el fango y los charcos de agua hacia la luz de la oficina policial donde estaba la prisión de Laguna Valley.
—Vaya colección de bellezas que tenemos por huéspedes, ¿eh? — comentaba el sheriff.
—Y tanto —corroboró Gus—. Sobre todo, la chica de ojos verdes...
—Te gusta, ¿eh? Y tú no pareces caerle mal a ella...
—Bah, tonterías. Están de paso. Cuando se hallen lejos de aquí, ni volverá a acordarse de que existo. Pero es una muchacha muy bonita, sí. Distinta a las otras. Parece más inteligente, más sensata y equilibrada que todas las que he conocido hasta hoy.
—Huy, cuidado —rió Miller—, Así comencé yo, y terminé casándome con la que fue mi mujer.
—Si usted ha de servirme de ejemplo, mal asunto —rió Gus Nelson—, Divorciado a sólo tres años de su boda...
—No pude soportarla más. De soltera era un encanto. De casada, un infierno. Pero aun así, sigo pensando en encontrar a otra mujer. ¿Sabes qué? Me ha gustado esa que va con las chicas, la de más edad... su directora.
—Ya veo —sonrió el comisario—. Sería capaz de casarse otra vez.
—¿Por qué no? Un hombre solo es mala cosa. Pero a Agnes no había quien la aguantara. Esta otra parece tan femenina, tiene un encanto especial... y un gran tipo para su edad.
—Total, que está usted deseando que siga la lluvia —dijo Nelson, soltando la carcajada.
—Algo así —rió a su vez Miller. Y añadió, meneando la cabeza, cuando entraban en la oficina iluminada —: De todos modos, lo desee

yo o no, va a seguir lloviendo de la misma manera durante bastante tiempo aún, Gus...

Abrieron la puerta. Un ramalazo de horror sacudió a ambos hombres.

En tierra, con el cráneo ensangrentado, yacía un hombre alto y fornido, con «mono» azul, tendido junto a un fusil partido en dos, con la culata astillada. La puerta de barras metálicas de una celda estaba abierta... y no había nadie dentro.

—¡Dios mío! —aulló Gus Nelson, palideciendo y desenfundando su revólver—, ¡El loco asesino ha escapado, sheriff.

CAPITULO IV

La cortina de la ventana del motel se alzó levemente. Unos ojos oscuros y ardorosos siguieron con mirada fría los movimientos febriles de diversos hombres, en torno al motel y los otros edificios, empuñando armas y recorriendo la zona una y otra vez, cambiando entre sí comentarios agrios y desabridos sobre un fugitivo al que no lograban encontrar.

Uno de esos hombres penetró con fuertes pisadas en el vestíbulo del hotel, cubriéndose de la lluvia bajo un capote de material plástico impermeable, color marrón. La cortina de la puerta-ventana del cuarto número dos, cayó lentamente... El lívido rostro de un hombre enigmático e inquietante, desapareció tras esa cortina.

Era Gus Nelson, el comisario joven, quien entró en el vestíbulo. De detrás del mostrador de recepción surgió el rostro somnoliento de Pete Wheeler, mirando con enfado al recién llegado.

—¿Qué infiernos pasa ahora? —mascullό de mala gana —. Estaba durmiendo aquí, y ni siquiera me dejan descabezar esta maldita noche un sueñecito...

—Escuche, Pete —habló tajante el joven policía—. No diga una palabra a esas chicas que aloja aquí, o le meteré en una celda de inmediato, por no cooperar con la ley. Pero sepa que Gaylor Temple ha escapado.

—¿Qué? —balbuceó el viejo conserje, palideciendo—, ¿Ese loco ha...?

—Chist, calle de una vez —se irritó Nelson con gesto autoritario—. Ni una palabra en voz alta. Ellas no deben saberlo, o no dormirían en toda la noche. Pondré a un hombre armado aquí, vigilando. Creo que Oswald Reeves, el sobrino de Barnaby, cuidará de esto durante las horas que restan hasta el amanecer. Mallory está inconsciente, tras haber recibido un golpe en la cabeza, sin duda a manos de Temple, cuando huyó de la celda, destrozando su rifle en la fuga. No sé cuándo volverá en sí, pero tenemos a los Reeves, a De Kowa y Noah Mariner cuidando de recorrer el pueblo en busca de una pista. Con este aguacero no será fácil dar con Temple de momento, la verdad. Ahora ya lo sabe. Cuide del motel lo mejor posible. El joven Reeves estará aquí en pocos minutos, armado adecuadamente. Mientras, vigile usted, Pete. Y ni una sola palabra, recuerde. A nadie.

Asintió el conserje, aturdido, y Nelson abandonó el motel con larga zancada, sumergiéndose en la oscura noche.

* * *

Era un amanecer sombrío, casi lúgubre.

Enormes nubarrones formaban un denso palio sobre Laguna Valley y

toda la región, descargando su pizarrosa cúpula un verdadero torrente incansable de agua. La riada era ya general en muchos puntos, carreteras y senderos estaban anegados, y tratar de llegar a la más cercana autopista interestatal era un sueño irrealizable, a menos que se contara con un helicóptero o una avioneta. Y ninguna de ambas cosas era posible hallarla en muchas millas a la redonda.
Sharon contempló desolada el espectáculo a través de la ventana que formaba parte de la puerta de acceso a la habitación por el porche del motel. Un profundo abatimiento se apoderó de ella. Bajó la cortina y se volvió al lecho de Sabrina. Su figura curvilínea se dibujaba nítida a contraluz de la claridad diurna.
—Malas noticias, Sabrina —anunció.
Su compañera se desperezó en el lecho, dejando ver por un momento la realmente enorme prominencia de sus pechos, infinitamente más grandes y poderosos que los de Vicky, aunque los llevase siempre discretamente recogidos bajo una indumentaria sobria. Se tapó con celeridad al comprobarlo, y miró alarmada a su amiga.
—Oh, no... —gimió—. ¿Sigue igual?
—Igual o peor. El cielo no tiene un solo claro. Y aunque despejase ahora, creo que pasarán horas antes de que las inundaciones circundantes dejen de tener aislado por completo a Laguna Valley.
—Aislado... ¿Quieres decir que no hay salida posible de aquí?
—Eso quiero decir, sí —confirmó Sharon, pesimista.
Se incorporó Sabrina Fox con lentitud, empezando a vestirse tras un rápido aseo. Miró su reloj de pulsera.
—Las nueve. Ese tipo debería habernos traído ya el desayuno —comentó—. Llama a las otras y diles lo que sucede. Si quieren seguir durmiendo tras desayunar, que lo hagan. Creo que aquí habrá poco que ver...
Sharon asintió. Tras ducharse rápidamente, se vistió y fue a llamar a las otras puertas. La voz aguda de Vicky respondió de inmediato en la puerta cuatro. Pero en la cinco no hubo tan rápida respuesta. Nadie atendió a su llamada repetida tres veces.
—Oh, estas dos... —murmuró Sharon —. Vaya sueño que tienen...
Golpeó de nuevo, con más fuerza, acompañándose de la voz para mayor eficacia:
—¡Eh, perezosas, arriba! —avisó—. ¡Si no despertáis pronto, entraré a echaros una jarra de agua fría encima, aunque tenga que romper la cerradura para ello! ¡ Pronto, que el desayuno estará listo en un momento, chicas! ¡Fuera sábanas, que luce un sol espléndido!
Rió, imaginándose la furia de Marion y de la mulatita cuando comprobasen que todo eso era falso, y siguió aporreando la puerta. El silencio seguía siendo el mismo. Arrugó el ceño, sorprendida. Una puerta chirrió tras ella, al fondo del corredor. Se volvió, inquieta.

El hombre joven, alto, enlutado y lívido, estaba allí de nuevo. Con su rostro espectral, sus ojeras profundas, sus labios violáceos y su tez color cera, como si el vampiro tradicional de cine de horror cobrase vida en aquel pueblo pequeño e inquietante. Sharon le miró, aprensiva, para disculparse, con cierta timidez:
—Perdone. Le he debido molestar con mis voces y golpes. Estoy llamando a mis compañeras...
—¿Y le han contestado ya? —se interesó el desconocido con voz fría.
—Pues... no. La verdad, nunca pensé que tuvieran un sueño tan pesado. Sobre todo, las dos al mismo tiempo.
—Es raro —comentó el desconcertante huésped—. Nadie podría dejar de oír esos golpes y su voz, señorita. Además, pase que una persona tenga un sueño muy pesado. Pero las dos a la vez...
Caminaba hacia ella. Sin saber la razón, Sharon sintió miedo. No sólo de aquel hombre, digno de un espectáculo terrorífico, sino de lo que acababa de decir con voz carente de emoción, pero con mucho sentido común en las palabras.
—Sí... —convino, sintiéndose confusa—. Tal vez enfermaron, no sé...
—¿Las dos? —insistió el enlutado, caminando rígido hasta llegar junto a ella. Sharon le miró como si el hombre fuese un fantasma que la obligase a huir lanzando alaridos de pánico en cualquier momento. La luz grisácea de la mañana alargaba increíblemente la sombra del misterioso personaje, a través del suelo y muro del corredor, como si fuese un interminable ciprés y a su alrededor hubiese olor a muerte...
Ahora fue él quien golpeó la puerta con sus nudillos. Sharon observó que tenía manos grandes y fuertes, dedos nervudos y sólidos, que martilleaban haciendo crujir la madera de la puerta. Pero ni la morenita Esther ni la jovencísima Marion respondían a las llamadas, en un extraño y ya inexplicable mutismo.
—Dios mío, ¿qué sucede? —musitó Sharon, empezando a sentirse inquieta, insegura.
—No sé —manifestó, seco, el llamado Scott Kebee—. ¿Tiene llave de esta puerta?
—No. Ellas la tienen. Tal vez el conserje, no sé...
—Veamos —corrió el hombre enlutado hacia el fondo del pasillo. Sharon, asustada, no sabía qué hacer. Vio salir de las habitaciones a Sabrina, Vicky y Stella, alarmadas por los golpes y voces.
—¿Qué pasa? —quiso saber Sabrina —. ¿Y esas dos, qué hacen?
—No lo sé. Ese hombre... ese enlutado... Kebee... ha ido a buscar al conserje. No contestan, Sabrina. No se oye nada dentro.
Las tres mujeres, a medio vestir como siempre Vicky y Stella, se reunieron con Sharon en el pasillo. Sabrina empujó la hoja de madera, haciéndola crujir. No cedió.
—¡Marion, Esther! —voceó —. ¡Abrid de una maldita vez, no seáis

estúpidas!
—Tal vez las hayas sorprendido haciendo algún juego prohibido —rió maliciosamente Vicky—. A mí esa morenita siempre me ha parecido algo lesbiana. Y Marion, a falta de un macho...
—Calla, estúpida —se enfureció Sabrina, fulminándola con la mirada —. Estás diciendo una auténtica salvajada que no tiene gracia. Voy a derribar esto si no...
—¡Espere! —voceó al fondo del pasillo el conserje Wheeler, caminando torpemente hacia ellas, seguido por su enlutado huésped —. Tengo una llave maestra, señorita... No estropeen nada. Esas dos amiguitas suyas deben de ser dos lirones... ¡No despertar con este ruido, cielos! Hasta ese loco, esté donde esté ahora, ha debido oírlo...
—¿Esté donde esté... quién? —preguntó Sharon con viveza, volviendo su rostro, repentinamente pálido hacia el conserje.
—Oh, vaya, ya lo solté —se arrepintió de inmediato Wheeler—, Bueno, es igual ya. Es de día y pronto tienen que saberlo... Ese chiflado asesino, el tal Temple... pudo escapar anoche, hiriendo en su fuga a un guardián, el joven Mallory... No lo han encontrado todavía...
—¡Dios mío, no! —sollozó casi Sabrina, mirando con repentino horror a la puerta cerrada —. No es posible...
De un tirón, arrebató a Wheeler la llave maestra de la mano, y corrió a la cerradura, introduciéndola dificultosamente, tal era su excitación. La hizo girar, luego empujó con violencia la hoja de madera...
Se quedaron contemplando el cuarto de las dos muchachas. Estaba totalmente a oscuras. No habían descorrido la cortina ni abierto el postigo de la puerta-ventana, asomada al porche. Un olor a piel de mujer, a suave perfume y a encierro llegó hasta todos ellos. Sabrina, sin vacilar, buscó el interruptor de la luz y encendió la bombilla del techo.
Un clamor colectivo brotó en el corredor. Fue un grito de pánico y horror común, ante el más horrible espectáculo imaginable.
La mulata Esther y la jovencísima, casi adolescente Marion, yacían ahora fuera del lecho. Las piernas morenas de la primera yacían estiradas fuera de su cama, hasta tocar el suelo con los pies desnudos. Marion reposaba de bruces sobre el suelo, a los pies de su lecho.
Ambas con los ojos desorbitados, color ceniza la mulata Esther, color cera la infortunada Marion, ambas con la lengua fuera, hinchada y amoratada, entre sus labios contraídos. Sobre sus cuerpos desnudos, jirones de ropa desgarrada, sangre, arañazos en pechos y nalgas, hematomas, señales claras de abusos sexuales horribles...
—¡Muertas! —sollozó Sharon, crispada, sacudida por un escalofrío de supremo horror—. ¡Asesinadas... por el loco violador! ¡ Dios mío, no, nooooo...!

Las manos del enlutado se apoyaron en sus hombros, y le dieron la sensación de un frío glacial, de un soplo de hielo surgido de la tumba.

CAPITULO V

Wilburn Miller miró sombríamente a todos los presentes.
La lluvia seguía golpeando con furia los cristales del motel. Fuera, frente al mismo, un grupo de personas se protegía con impermeables y lonas, mirando silenciosamente el alargado edificio.
—Dos asesinatos más... —jadeó—. Y nadie se dio cuenta de ello.
—¿Cómo pudo ocurrir, sheriff —mostró el joven Nelson su extrañeza —. Eran dos chicas. Alguna tuvo que despertar, darse cuenta de que habla un intruso en la alcoba...
—No tuvieron tiempo de nada, es obvio —rechazó el sheriff con gesto hosco—. Debió golpear a ambas. Luego las estranguló, mientras abusaba ferozmente de ambas... Ha sido realmente terrible.
Los sollozos de algunas de las muchachas interrumpieron lo que estaba hablando el policía de Laguna Valley. Las miró, ceñudo, sin decir nada.
El joven Nelson señaló el cuarto de aseo de las víctimas.
—Entró por ahí —dijo—. La ventana del cuarto de aseo da a un pequeño patio interior del motel.
—Dios mío, pobres amigas mías... —sollozó Vicky amargamente—. Y yo que me permití ofenderlas con un comentario indigno...
—Calma, Vicky —la serenó Stella—, Era sólo una broma tuya. Eso ya no tiene importancia. ¿Quién podía sospechar lo sucedido ahí dentro?
—El asesino huyó por donde había entrado —dijo Miller, ceñudo, paseando por la estancia trágica, donde ahora dos sábanas cubrían los cuerpos de las chicas, tendidos en sus lechos respectivos.
Gus Nelson se aproximó a Sharon Murray. Puso una mano en su brazo, afectuoso. Ella miró agradecida al joven y apuesto policía.
—Gracias —musitó con un hilo de voz—. Creo que nunca olvidaré esto...
—La comprendo muy bien —asintió Nelson con su voz suave y viril—. Todo fue culpa nuestra. No debimos dejar a un aficionado cuidando de ese maníaco...
—Mallory no es fácil de engañar —replicó Miller, adusto—. Tuvo que ocurrir algo para que le atrajera a la reja y le golpease, no sé qué...
—Lo malo es que Mallory no va a poderlo decir en bastante tiempo —juzgó Nelson, sombrío.
—¿Qué le sucede? —se interesó Sabrina vivamente.
—Fractura de cráneo. Fue un golpe casi mortal —susurró Nelson—. Antes de venirnos para acá el sheriff y yo, a informarles a ustedes, el pobre Mallory me juró que nadie cuidaría mejor de ese loco que él. Estaba seguro de que sería así. Y ahora...
—¿No vuelve en sí todavía? —se interesó Sharon a su vez.
—Me temo que nunca vuelva en sí, no habiendo médico adecuado

que le asista, ni medios para curarle. El teléfono sigue averiado, no tenemos radio, y estamos aislados. Si antes de veinticuatro horas no pueden trasladarlo a un hospital, morirá sin remedio. Barnaby Reeves, el dueño del drugstore local, tiene nociones de medicina, por haber sido enfermero de joven en Los Angeles. Dice que la fractura es grave. Hay conmoción cerebral y no volverá en sí a menos que le operen adecuadamente, intentando salvar su vida. Le está atendiendo como puede, pero poco puede hacer por él... No hay un médico en muchas millas a la redonda. Sólo el doctor Cranston, en Santa Ysabel, pero no podemos comunicar con él. Y menos lograr que viniese, salvo con helicóptero. Pero, ¿a quién llamar ahora, en esta situación? Estamos como unos náufragos en una isla solitaria, señoritas.

—Pero a merced de un asesino loco —sentenció amargamente Sharon.

—No teman nada ustedes —se apresuró a decir el sheriff—. Las vigilaremos mientras estén en Laguna Valley noche y día, muy de cerca.

—¿Y entretanto, qué será de nosotras? —gimió Sabrina.

—Van a venir con nosotros ahora a la cantina de Reeves —informó Nelson—. Almorzarán allí y estarán acompañadas por su dueño, De Kova, la camarera del local, Noemi, y algunos clientes. Cuando regresemos de la cacería, veremos lo que se hace. La lluvia, según la radio, durará como mínimo hasta mañana.

—Oh, cielos —se quejó Vicky amargamente—. Lo que faltaba...

—Con ser malo, es lo menos lamentable de todo —objetó Sharon fríamente, mirando hacia la cortina de agua que caía implacable sobre la California sureña, la que según el tópico jamás veía llover—. El mal no está en la lluvia, sino en los seres humanos. Un hombre anda suelto por ahí, intentando matar más mujeres en su sádico afán demencial. ¿Habrá algo que lo pueda detener?

—Sí, señorita —afirmó Miller con énfasis—. Yo.

Y haciendo un gesto a su ayudante, salió de la estancia con pisadas recias. Gus Nelson meneó la cabeza, renunciando a seguirle de momento.

—Vengan conmigo —invitó a las cuatro mujeres restantes—, Las llevaré hasta la cantina de Ralph De Kova. Tengo un jeep ahí fuera. Al menos, recorrerán ese breve trecho sin mojarse. Por desgracia, ni siquiera ese vehículo serviría para salir de aquí en estas circunstancias...

El joven policía abría camino ya hacia la salida. El enlutado huésped, el fantasmal Scott Kebee, permanecía a la puerta de su cuarto, escudriñando la comitiva en silencio. Nelson le miró un momento, estuvo a punto de decirle algo, pero terminó meneando la cabeza de un lado a otro y siguió su camino. Sharon dirigió también una ojeada

furtiva al hombre alto y vestido de negro.
—¡Qué hombre más raro! —suspiró Stella, estremeciéndose—. ¿No estará loco también y resultará peligroso?
—Parece que acaba de salir de la tumba... —corroboró Vicky, pestañeando.
Gus Nelson se echó a reír, ganándose una mirada de sorprendido reproche de las cuatro mujeres. Se detuvo ante la conserjería, donde asomaba la cara caballuna y triste de un hombre de edad madura, enormes manos nudosas, pelo lacio y grisáceo, ojos protegidos por unos lentes de vidrio oscuros, y gesto sombrío. Era más alto y vigoroso que el viejo Pete Wheeler, el conserje. Llevaba revólver al cinto, y parecía tenso y en guardia, escudriñando a las mujeres una a una.
—Ese es Desmond Cooley, el dueño del motel —explicó en voz baja el comisario Nelson, dirigiéndose a Sharon ostensiblemente—. No se fíen demasiado de él.
—Vaya tipo —murmuró Vicky—, Es peor aún que ese joven vampiro de la habitación número uno...
—Ese es inofensivo, diría yo —volvió a reír Nelson entre dientes, ganándose nuevas miradas de reproche de sus acompañantes femeninas—. Perdonen, pero debo decirles la ver dad sobre tan extraño tipo, aunque él nos ha pedido a todos que guardáramos su secreto. Es un actor.
—¿Un actor? —repitió Sabrina Fox con asombro.
—Eso es: un joven que aspira a ser alguien en el mundo del cine y la televisión.
—Ya. ¿Y a quién piensa imitar? —dijo con sorna Sabrina—. ¿A Boris Karloff o a Bela Lugosi?
—A ninguno, supongo —sonrió Nelson, asomándose al porche y mirando ceñudo el cielo plomizo que vertía torrentes de agua sobre ellos—. Creo que ha conseguido un papel para una serie de TV con una firma de Hollywood, e interpreta el papel de un vampiro.
—Creo que todas nos reiríamos a carcajadas, si no fuese por lo de nuestras pobres compañeras, Esther y Marion —musitó Stella, con el rostro entristecido.
—Sí, lo comprendo —suspiró Nelson, cruzando un trecho bajo la lluvia, para abrir la portezuela del jeep entoldado que aguardaba ante el motel —. Suban, por favor.
Corrieron las cuatro, seguidas por la mirada fría y hosca del dueño del motel, subiendo al jeep, que se puso de inmediato en marcha, rodando por el fango y los charcos, a través de la calle única de Laguna Valley.
Gus Nelson condujo hasta un edificio de ladrillos rojos, con porche y saliente de tejas de pizarra, donde se leía: «Cantina. Comidas y

bebidas». Pasaron primero por la oficina del sheriff y un almacén llamado pomposamente South California Drugstore. Algo más allá se veía una pequeña estación de gasolina, tres o cuatro viviendas y un par de granjas a cosa de media milla, con un auténtico lago en medio, formado por el diluvio de aquellas horas.
La puerta de la cantina se abrió. Una joven algo gordita, rubia teñida, con falda corta, por encima de las rodillas, y una blusa descotada, asomó, con una bandeja en su mano, mirando curiosa al jeep.
—Entren, entren, señoritas —invitó la joven de cuerpo rollizo, abriendo la puerta vidriera del establecimiento—. Las esperábamos. Tienen ya su almuerzo a punto...
La clientela no excedería de la media docena de hombres, todos de edad avanzada y aire aburrido. El hombre canoso, de cabeza de león, vestía tejanos azules y una camisa a cuadros. Les tendió una enorme manaza, ruda y morena.
—Soy Ralph De Kova —dijo con un potente vozarrón—. Dueño de este local y amigo del sheriff Miller y del comisario Nelson. Participé anoche en la búsqueda de ese canalla, y volveré a hacerlo, vaya que sí. Lamento muy de veras lo ocurrido a sus compañeras, señoritas...
—Gracias, señor —dijo Sabrina amargamente—. Es muy amable.
—Nada de eso —protestó el hombretón. Señaló al fondo—. Pasen al reservado. Se lo hemos preparado para ustedes. Les serviremos una buena comida, cuando menos. Allí estarán seguras. Esta casa sólo tiene la puerta delantera y la que conduce a mi alojamiento, arriba. Nadie las molestará en todo el día. Noemi, mi camarera, les atenderá.
La chica gordita, de falda corta, les sonrió asintiendo. Sabrina y sus tres compañeras se dirigieron al fondo, al recinto dispuesto para ellas. Resultó ser un cuarto alargado, bastante inhóspito, pero donde una estufa eléctrica irradiaba un grato calor, y en el que una mesa para cuatro, esperaba acogedora, con dos botellas de vino, platos de entremeses y pan moreno a rodajas. El apetito contenido de todas ellas, se sintió espoleado ante la visión de la mesa bien dispuesta, y olvidaron de momento todo lo demás.
—Yo las dejo —suspiró Nelson, con su sombrero en la mano, acercándose a Sharon, a quien estrechó el brazo afectuosamente, mirándola fijo a sus verdes ojos—. Buenas tardes, señoritas. Debo unirme a los demás, para iniciar la búsqueda de ese criminal. Ya nos veremos más tarde. Ojalá para entonces todo esté resuelto...
Sostuvo la mirada de Sharon un tiempo. A ella le gustó sentir las grises pupilas del joven en las suyas. Aquel muchacho irradiaba confianza, solidez y ternura. A su lado, Sharon tuvo la sensación de sentirse a salvo de todo peligro, sin saber por qué.
—Gracias por todo, Nelson —respondió suave, casi dulcemente—. Suerte.

—Deseándomela usted, no tengo otro remedio que tenerla —aseguró el comisario con entusiasmo, dirigiéndose a la salida, ya con el sombrero ajustándose a su cabeza.
Se sentaron las cuatro. Vicky murmuró, tratando de mostrarse tan jovial y frívola como siempre, aunque sin demasiado éxito:
—Lo tienes en el bote, chica. ¡Vaya flechazo! —comentó.
—Oh, no digas tonterías —rechazó Sharon, enrojeciendo levemente —. Es un chico muy amable, eso es todo.
—Vamos, vamos —apoyó Stella, intentando sobreponerse a su propio abatimiento con una sonrisa y un guiño—. Se ve a la legua que está loquito por ti. Ya me dirás cómo lo haces...
El ambiente se relajó un poco gracias a esos comentarios. Las mujeres recordaron que, pese a todo, la vida continuaba, y no lograrían resucitar a las compañeras asesinadas poniéndose a llorar incesantemente. Momentos más tarde, Noemi, la camarera, entraba con una humeante cazuela en su bandeja.
—Primer plato del día —anunció con voz jovial—. Frijoles con tocino y salsa picante. No sé si os gustará, pero es especialidad de la casa, amigas mías...
Lo cierto es que alguna de ellas jamás habían querido ni ver un plato de habichuelas rojas, con salsa de fuerte picor y sabrosa carne de cerdo, pero esta vez era excepcional para todas. Sus platos del manjar habitual en Laguna Valley fueron acogidos con inmejorable apetito. El calor del guiso y su punto de picante, pareció reavivar un poco su adormecido ánimo.
—Luego os traeré el segundo plato —anunció Noemi con una sonrisa —. Truchas asalmonadas al horno. Se pescan muy buenas en los ríos de esta zona, sobre todo si hay riada como ahora... A mí, personalmente, el pescado no me gusta, pero admito que están muy sabrosas... Decidme si queréis algo, como cerveza, café o lo que sea. Consideradme una buena amiga aunque no nos conozcamos de nada...
—Claro, Noemi —aseguró Sabrina, con una sonrisa amistosa—, Te agradecemos cuanto haces por alegrarnos. Perdona si no nos mostramos más sociables, pero...
—No sigáis. Sé lo que sentís. Yo misma estoy aterrada. Dos pobres chicas, en una sola noche... Pero yo diría que no hacían falta locos de fuera para convertir esto en un sitio poco agradable para una chica con cierto atractivo...
—¿Qué quieres decir? —se interesó Sharon, vivamente intrigada por las palabras de la camarera.
—Oh, nada, nada... —miró hacia fuera del reservado, recelosa, antes de alzar su falda sobre el muslo derecho, y mostrar a las forasteras aquel punto de su anatomía—. ¿Veis esto?

Sabrina y sus tres acompañantes asintieron, sobresaltadas. En el recio, macizo muslo de la camarera de la cantina, aparecía un amplio hematoma, con la huella de unas incisiones practicadas en la carne. Estaba no lejos de donde el elástico del slip delimitaba la zona de sus ingles.
—¿Qué fue eso? —jadeó Vicky—. ¿Un perro?
—Un hijo de perra, más bien —rezongó la camarera, volviendo a cubrir su muslo dañado—. Algún reprimido de este pueblo, hijas. Todavía no había llegado ese Temple, el maníaco sexual, con sus cuadros y sus pinceles. Yo iba a mi casa, de noche, tras salir de la cantina. Vivo al final del pueblo, algo más allá de la granja de la señora Lange, la ciega. Alguien saltó de entre la maleza a mi pierna, y me hincó los dientes en el muslo, mientras sus manos intentaban desnudarme y me manoseaban senos y nalgas. Grité, en medio de la oscuridad, y le pegué una patada en alguna parte. Le oí chillar y me soltó. Pude correr, alejándome de él. Nunca supe quién fue el maldito cerdo que me causó tanto daño... Se lo dije al sheriff. Al otro día, él y su ayudante, el guapo Nelson, encontraron huellas de algún tipo que había sufrido allí un orgasmo al atacarme, el muy sucio bastardo... De modo que no presuman en este pueblo: si no hay un asesino de mujeres violador, es porque quizás le falte valor para ello, sólo eso...
—¿Y no sospechas de nadie? —sugirió Stella, pensativa.
—Bueno, como sospechar... —lanzó un suspiro y meneó la cabeza—. Os dejo. Ya hablaremos otro rato. Tengo trabajo y al patrón no le gusta que holgazaneen sus empleados. Ya ha despedido a varios por eso. A mí me soporta. No sé si porque trabajo más que los otros... o porque soy mujer. También él está hecho un buen bribón en eso de mirar a las chicas. En cuanto te descuidas, ya está fisgoneando cuando una se desnuda o se mete en la ducha...
Salió, dejándolas a solas con su almuerzo. Sabrina meneó la cabeza, preocupada.
—¡Qué sitiol —suspiró, con gesto de inquietud —. Aun sin ese criminal andando suelto por ahí... no me gustaría quedarme otra noche en Laguna Valley.
—A mí tampoco —gimió Vicky—, ¿Y si el que mató a Esther y Marion no hubiera sido realmente ese loco evadido?
—¿Qué dices? —se sobresaltó Stella, volviéndose a su compañera.
—Era una simple suposición. Después de todo, si hay tanto reprimido aquí...
—El mundo está lleno de esa clase de gente, Vicky —replicó Sabrina —. Pero no se dedica a estrangular mujeres, tras abusar de ellas sexualmente... Si ese tipo, Gaylor Temple, mató a una, ¿por qué no pudo hacer lo mismo con otras dos, si se metió anoche en el cuarto de aseo de Esther y Marion? Puede que aquí haya mirones y tipos que

gozan pegando un mordisco y manoseando a una chica, pero de eso a creerles capaces de matar... media un abismo.
—Si, fue una tontería —suspiró Vicky—. Creo que tienes razón, Sabrina. Cuando cojan a ese maniaco, el peligro habrá terminado...
Comieron en silencio sus frijoles, hasta que regresó Noemi con cuatro hermosas truchas doradas en una bandeja, con una guarnición de verduras y patatas al homo. Realmente, tenían un aspecto de lo más apetitoso. El almuerzo siguió sin problemas. Fuera, bajo la lluvia, hombres armados iban y venían, vehículos se hundían en agua y fango, luchando por moverse una corta distancia en terreno relativamente firme, siempre en busca de un rastro que condujera al hallazgo del asesino evadido.
Pese a los esfuerzos encomiables de Noemi y de su patrón, el leonino De Kova, por hacerlas sentirse en un clima acogedor y amable, las cuatro mujeres se sentían realmente asustadas y desmoralizadas, a medida que avanzaba la comida y el cielo se iba ensombreciendo más y más, presagiando un recrudecimiento del temporal para las próximas horas.
—¿Sigue sin haber teléfono? —se interesó Sabrina, cuando las cuatro salieron del comedor reservado, optando por ocupar una mesa de la cantina, junto al ventanal.
—En efecto —afirmó De Kova, pasándose sus gruesos dedos broncíneos por el blanquísimo cabello—. Continuamos incomunicados con el resto del mundo, señoritas. Una vez tuvimos aquí un chico radioaficionado, que nos libró del problema durante otro temporal parecido a éste. Pero se marchó a Los Angeles hace tiempo. Era el hijo de la señora Lange, la ciega. Gracias a él, nos enviaron helicópteros y ayuda. Pero ahora no hay nadie aquí que tenga una maldita emisora capaz de transmitir un mensaje a ninguna parte... Eso puede costarle la vida al pobre Mallory, que sigue con el cráneo fracturado, sin posible ayuda...
Ciertamente, pensó Sharon Murray, no era aquélla una situación alentadora ni proclive a la esperanza, contemplando tristemente el exterior, un paisaje gris y sombrío, velado por la espesa cortina de lluvia que caía incesante...
Se sobresaltó de repente, al ver pasar ante ella, por el porche de la cantina, la figura erguida y siniestra de Scott Kebee, el actor que ensayaba su papel de vampiro para la televisión.
El joven, de rostro maquillado de color cera, le sonrió con aquellos irreales labios suyos, color violáceo, inclinando cortés la cabeza. Sharon respondió al saludo, estremeciéndose levemente.
—Extraño lugar... —pensó en voz alta.
—¿Decías algo? —se interesó Vicky, dejando de leer un magazine ilustrado que había tomado del puesto de publicaciones de la cantina.

—No, nada. Comentaba lo raro que es este sitio, amigas mías... Un lugar con reprimidos sexuales que atacan a mordiscos a las chicas, un loco asesino que anda suelto, un actor que ensaya su papel de una película de terror en plena calle... Y «Las Rockynautas» con dos bajas por asesinato... Horrible y angustioso todo, ¿no os parece?
Stella afirmó:
—Y encima, tener que pasar otra noche en semejante sitio... Me da escalofríos, la verdad.
—Y a mí —corroboró Vicky, preocupada.
—Exigiremos que esta noche se hagan las cosas de otro modo —dijo Sabrina con énfasis—. Nada de permanecer solas en ningún momento.
—Pero Sabrina, no vamos a dormir con nadie... —protestó Vicky vivamente—. A menos que ese chico, Gus Nelson, acepte ser mi pareja en la cama...
—¡Qué graciosa! —farfulló Stella—. Eso lo deseamos todas, ¿no, Sharon, querida?
—Estáis diciendo tonterías. Creo que entiendo lo que quiere decir Sabrina —expuso secamente Sharon—. Dormir en lugar seguro, con vigilancia en la puerta, ¿no es eso?
—En efecto —confirmó Sabrina —. No vamos a ofrecernos como víctimas propiciatorias a ese maníaco, si sigue en libertad. Personalmente, nada temo porque voy armada y no dudaré en disparar sobre quien sea. Pero vosotras tres... Hay que hacerse fuertes en eso: nada de negligencias. Son nuestras vidas las que están en juego, recordad.
Asintieron las tres compañeras. A medida que avanzaba la tarde, y la luz del día se iba tornando más gris y difusa, sus temores y preocupaciones iban en aumento. La idea de una nueva noche allí era como una pesadilla en sus mentes. Pero no había otra solución. A pesar de que a media tarde la lluvia amainó ligeramente, y Sabrina sugirió tomar los impermeables y salir a dar un pequeño paseo por las aceras porcheadas del pueblo.
—Al menos, estiraremos las piernas y daremos una vuelta al aire libre —aceptó Sharon—. Vamos allá.
De Kova, el cantinero, también consideró que hadan bien en distraerse un poco, pero les aconsejó cuando iban hacia la puerta de la cantina:
—De todos modos, no se fíen demasiado. Dentro de un par de horas, creo que volverá a llover con fuerza, pero quizás sea el último coletazo del temporal...
—Dios le oiga, amigo —suspiró Sabrina, con resignación.
Salieron a la acera. Lloviznaba con cierta intensidad, pero no era nada, al lado de lo anterior. Echaron a andar, respirando el aire

húmedo y frío a pleno pulmón, con las manos hundidas en los bolsillos de sus impermeables de vivos colores.
Todavía habla suficiente luz del día, pese al oscuro cielo nublado, como para no temer nada en plena calle. Se acercaron al almacén de Reeves para adquirir algunas cosas, entre ellas tres cuchillos de caza.
—¿Para qué quieren tres cuchillos? —preguntó el joven larguirucho y afable que las atendió.
—Por si vuelve el loco, amigo —explicó Sabrina—. No dudaremos en clavárselo hasta la empuñadura, si es necesario.
—Ese Temple es muy fuerte. Yo le vi en la celda —explicó el muchacho—. Soy Oswald Reeves, el sobrino del dueño de esta tienda, señoritas. Les aseguro que sería difícil clavarle un cuchillo en lucha cuerpo a cuerpo, y menos aún una mujer. Es muy fuerte y su locura le redobla el poder físico. Encarcelado era como un tigre en la jaula. Su ojo de cristal y su sien hundida le daban un aire aterrador...
—¿Ojo de cristal? ¿Sien hundida? —repitió Sabrina, inquieta.
—Así es. Debió de sufrir algún accidente en el pasado. El lado derecho de su rostro es espantoso. Perdió ese ojo y lleva uno de cristal. También le resultó hundido el parietal derecho, y tiene una cicatriz y una hendidura en el hueco, bastante fea. El aspecto de ese hombre produce auténtico miedo. Yo les aconsejaría mejor armas de fuego.
—Pero son muy caras, y si hay que usarlas una sola vez o no llegar a utilizarlas, en el mejor de los casos... —objetó Stella.
—No se preocupen —el joven tendero miró con simpatía difícil de ocultar a la pelirroja de las bellas piernas—. Yo les vendo ahora tres armas. Ustedes las tienen consigo esta noche, por si acaso. Cuando vayan a irse del pueblo, se las compro de nuevo, a igual precio, y asunto arreglado. Pero que mi tío Barnaby no se entere, ¿eh? Es un hombre muy tacaño...
—Gracias. Es usted muy amable, señor Reeves —dijo Stella, toda coquetería, sonriendo pícaramente al joven.
—Oh, llámeme simplemente Oswald —enrojeció el muchacho hasta la raíz de su pajizo cabello—. Me sentiré encantado de poder ayudarlas en algo. Y si necesitan mi cooperación, no duden en avisarme; ya saben dónde estoy...
Tomó tres armas de pequeño calibre, las aplicó un cargador de proyectiles, y entregó una a cada muchacha, en su estuche correspondiente.
—Son noventa y seis dólares —dijo—. Pero mañana se los reintegraré hasta el último centavo, palabra. Las usen o no, pueden traerlas de nuevo a la tienda. Es domingo, y tío Barnaby no bajará a despachar. La tienda estará cerrada, pero yo las esperaré.
Pagó Sabrina la cantidad pedida. Stella envolvía al muchacho en su

mirada más ardiente.
—Mil gracias de nuevo —susurró ésta—. Es usted un gran muchacho, Oswald...
Abandonaron la tienda dejando a un Oswald Reeves confuso y con el rostro como la grana. Stella dijo con aire ensoñador, mirando a sus amigas:
—¿No es un encanto el muchacho?
—Posiblemente —gruñó Sabrina, dubitativa—. Pero no te fíes de nadie aquí, Stella. Lo mismo es ese generoso y tímido jovencito el que pegó el mordisco en el muslo a la pobre Noemi...
—Oh, qué cosas decís —se enfadó Stella, airadamente—. Basta que yo me fije en alguno, para que vosotras lo consideréis peligroso...
—Mira, si éste fuese un sitio normal, te diría que tu admirador de la tienda es un chico deliciosamente ingenuo y agradable —señaló Vicky —. Pero desde que Noemi contó lo que aquí sucede, no me fío ni de mi sombra, la verdad.
—Creo que exageráis. Una cosa es que haya algún tipo raro en un pueblo. En todos los hay. Y otra, que todo el mundo en Laguna Valley sea capaz de asaltar a una chica para violarla...
—De momento, con que haya uno solo, es suficiente —avisó Sharon, fría su voz—. Recordadlo todas: si algún extraño se muestra sospechoso y está una sola... disparad primero y preguntad después. Será lo más saludable. Yo, al menos, es lo que pienso hacer.
—Yo tengo una idea para animarme y, tal vez, animar a la gente de este lugar a la hora de la cena —sugirió de pronto Vicky.
—¿Qué clase de idea? —se interesó Sabrina.
—Recoger nuestras guitarras y tocar algo en la cantina. Puede que eso ayude a pasar mejor el rato. Y la gente de aquí dejará de pensar en otras cosas, para tener un rato de entretenimiento saludable...
—No es mala idea —aprobó Sharon—. Me uno a ella. ¿Qué tal si actuamos esta tarde o noche, Sabrina? Desinteresadamente, por supuesto.
—Adelante —aprobó ésta con un suspiro—. Después detodo, ya dije adiós hace tiempo a nuestro dinero de San Diego... Vamos al motel a por los instrumentos. Que Esther y Marion estén muertas no significa que nuestra actuación resulte irreverente. El
espectáculo debe continuar. Como un tributo a ellas, entre otras cosas.
Media hora más tarde, mientras iba oscureciendo en Laguna Valley, comenzaban dos guitarras eléctricas y una voz de mujer a animar el anochecer en la cantina de De Kova. La clientela, gratamente sorprendida, comenzó a aumentar. Todo el villorrio, prácticamente, excepto quienes andaban a la caza del loco asesino, se dio cita en la cantina.

—Bravo, chicas —aprobó De Kova, guiñando un ojo a las artistas—. Os habéis ganado almuerzo y cena gratis, e incluso un par de botellas de champaña para luego, invitación especial de la casa. Esto se va a poner muy animado hoy, gracias a vosotras.
Y, ciertamente, el medio centenar escaso de personas que podían reunirse en todo Laguna Valley, se daban cita ya en ese momento en el local, para escuchar el rock agradable y rítmico del conjunto músico-vocal recién diezmado por una mano criminal.
Fuera, se hizo noche cerrada. El show de las jóvenes artistas continuaba, en una cantina singularmente animada y radiante. De Kova, satisfecho con la liquidación de aquel día, al igual que Noemi, que jamás había reunido tanta propina, envió unas consumiciones gratuitas a sus flamantes animadoras, como obsequio espontáneo de la empresa. Ellas hicieron un alto para consumir sus bebidas. Sabrina aprobó, acompañando al piano toda la actuación hasta entonces:
—Creo que es lo mejor que podíamos hacer. Pero no puedo dejar de recordar a las pobres Esther y Marion.
Entristecidas, asintieron sus tres compañeras. Stella dejó su guitarra eléctrica apoyada en la silla.
—Voy al aseo un momento —explicó, alejándose a través de la cantina, y recogiendo felicitaciones nutridas de todos los presentes, a su paso hacia la trastienda del local, donde se hallaban los lavabos.
Sharon, Vicky y Sabrina, permanecieron en sus sitios. Fuera, había comenzado de nuevo la lluvia torrencial. Pero casi se habían olvidado de ella en esos momentos, abstraídas en la música que interpretaban.
Minutos más tarde, unos reflectores pasaron fugaces sobre la cristalera mojada de lluvia, y se oyó un chirrido de frenos no lejos de la cantina. De Kova corrió a la puerta, para averiguar qué sucedía.
—Creo que los expedicionarios regresan —explicó—. He visto brillar la placa del sheriff en el exterior... Y varios vehículos están parándose ante el motel y la oficina de Miller... Hay motocicletas de los muchachos que partieron en busca del loco... Tal vez hayan tenido suerte y lo traigan con él...
Esperanzadas, Sabrina, Sharon y Vicky se pegaron al vidrio, intentando ver algo allá fuera, pero la humedad y el vaho que empañaban la vidriera, sólo permitían ver reflejos de luz, sombras en movimiento y chapoteos en el fango y el agua de la calle.
No podían saber que, en esos precisos momentos, dentro del cuarto de aseo de la propia cantina, angosto y con una triste luz colgada del techo, una tercera tragedia tenía lugar, entre cuatro paredes como únicos testigos de la agonía aterradora de una mujer...

CAPITULO VI

Stella Ross, demudada, convulsa, no podía hacer nada.
Sentada sobre la taza del retrete, semidesnuda ya, amordazada por aquel trapo espeso y fétido que se hundía en su boca, sujeto por una tira de tela recia, anudada a su cuello y sujetando la mordaza su cavidad bucal, no podía hacer otra cosa, con sus brazos atados a la cadena del retrete, que ver cómo aquella especie de bestia humana la cabalgaba brutal, encaramado sobre sus hermosos muslos, ahora desgarrados a zarpazos y mordiscos bestiales, poseyéndola en un orgasmo salvaje, dominando rugidos roncos y feroces que escapaban entre sus labios apretados y lívidos, el brillo demoníaco de aquellos ojos perversos, fijos en ella, mientras las manos del hombre, garras de furia animal en acción, se hundían en sus pechos desnudos, en sus nalgas, martirizándola con desgarros y pellizcos feroces.
La posesión forzada, violenta, era ya un hecho. Pero eso no bastaba a su agresor, que enloquecía a ojos vistas, mientras se agotaba encima de ella, en pleno éxtasis sexual. Aquel rostro lívido, demudado, cruel, era la máscara misma de la muerte.
Stella Ross, la pelirroja muchacha del conjunto musical, sabía ahora bien cuál debió ser la silenciosa y terrible tortura de la noche antes, hasta que la muerte llegó para Esther y Marion, sus compañeras asesinadas.
Y, lo que era peor, sabía que ahora ella sería la nueva victima del bestial asesino y violador de Laguna Valley...
Porque después de vivir aquellos minutos terribles y dantescos, no había ninguna posibilidad, absolutamente ninguna de que ella saliera con vida de allí, bien lo sabía.
Tras poseerla así, a viva fuerza, jadeó el asesino, mordiendo brutalmente sus pechos desnudos:
—Sucia y puerca ramera... Zorra miserable, como todas... Ahora ya no puedes ofrecerme nada... Nada... ¡Vas a morir!
Angustiada, convulsa, Stella se agitó sobre el retrete, pugnando por hacer algo, por luchar contra aquel monstruo que cayera inesperadamente sobre ella, a través de una ventana que creía cerrada, en lo alto del viejo aseo.
No pudo hacer nada. El violador habla extraído algo de un bolsillo: un cable de tendido eléctrico, hilos de cobre envueltos en plástico gris...
Su forcejeo exasperado resultó vano. El cable rodeó su cuello, lo oprimió salvajemente... se hincó en la carne, la desgarró, la puso hinchada, violácea...
Los ojos de Stella se desorbitaron, su boca se amorató, abriéndose, dejando salir la lengua tumefacta entre ellos... Notó que se descomponía, que se orinaba encima, que su organismo todo se

disolvía en la grotesca y trágica convulsión final de la agonía...
Sus pupilas vidriosas se quedaron fijas en el rostro de su asesino. Este jadeó, sudoroso, mirándola con desprecio. Se puso en pie, apenas si cabía en el retrete, junto a la muerta despatarrada en el mismo, obscenamente desnuda y ultrajada, sus bellos muslos llenos de hematomas sangrantes...
—Ramera —jadeó, despectivo. La escupió violentamente al rostro. Luego, se encaramó sobre ella, subiendo la cremallera de su pantalón, alcanzó la ventana angosta de arriba y saltó por ella de nuevo.
Fuera, en la cantina, nadie podía sospechar en esos momentos lo que sucedía en el retrete. Sólo Sabrina, Sharon y Vicky cambiaron una mirada de extrañeza, mientras las voces sonaban fuera y se acercaban pisadas a la entrada del local.
—Tarda mucho Stella, ¿no? —comentó Sharon.
—Sí —asintió Vicky—. Iré a ver si le ocurre algo...
Se puso en pie. La puerta de la cantina se abría. Comenzaba a entrar gente, entre ella la nota de color avellana, mojado por la lluvia, de los uniformes del sheriff Miller, de su ayudante Nelson, entremezclados entre personas de Laguna Valley.
—Nada —dijo Miller, sombrío, pisando el local—. No hemos encontrado a ese loco, maldita sea...
Un momento después, un segundo alarido de terror, una voz de mujer cuajada de pánico y de horror, llegó desde el lavabo, al fondo de la cantina...

* * *

Vicky Kenton retrocedió tambaleante, convulsa, los ojos dilatados, casi fuera de sus órbitas, como los del propio cadáver grotesco y horrible que reposaba sobre la taza del retrete, pero con el destello de vida propia y alucinada de quien se ve, de repente, ante la más fea y escalofriante forma de muerte imaginable, mientras que las pupilas vidriosas de la infortunada Stella, ya nada reflejaban, medio tapadas por guedejas lacias de pelo rojo.
Su alarido estridente, histérico, se prolongó más y más, brotando a impulsos continuados a través de su garganta y de sus contraídos labios. Casi cayó, tropezando con las piernas extendidas y rígidas de su desdichada amiga, y se tuvo que sujetar a la puerta misma del retrete para no desplomarse, perdido el equilibrio.
Entonces, sus ojos vieron el rostro en el ventanuco del excusado. Su chillido de horror supremo todavía elevó más su diapasón, hasta alcanzar una nota agudísima, desgarradora, sacudida por el más vivo e implacable de los terrores.
¡En el hueco de la angosta ventana asomaba un rostro de pesadilla,

mirándola fijamente con ojos oscuros y helados, pero cuyas pupilas, a la vez, parecían arder con el fuego del infierno! La piel lívida, el gesto tétrico, la boca violácea y tensa...
Era el actor Scott Kebee, el falso vampiro de! motel, contemplando malignamente la escena macabra, clavando sus ojos, mezcla de hielo de ultratumba y ardor demoníaco en el rostro convulso de la rubia muchacha...
Sharon fue la primera en aparecer, derribando cuanto hallaba a su paso, pistola en mano, dispuesta a todo, mitad pálida, mitad congestionada por la impresión que el grito de pavor de su compañera produjera en ella.
—¡ Vicky, Vicky, por el amor de Dios! —clamó Sharon, cerca ya de su amiga —. ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué esos gritos?
—¡Ahí, Sharon! —sollozó Vicky, demudada, señalando temblorosa al interior del water—¡Es Stella...! ¡Qué horrible! Y ese hombre, Kebee... ¡parece un auténtico vampiro, asomándose a esa ventana...!
Sharon asomó al retrete. Sus cabellos se erizaron en la nuca, pudo sentir el profundo escalofrío del horror. Pero tuvo serenidad suficiente para que su mirada resbalara por encima del cadáver grotesco de Stella, y se fijase fugazmente en la pálida sombra del rostro humano que desaparecía en el hueco de la ventana. Apretó el gatillo de su arma, sin vacilar.
Brotó la bala, con un seco estampido, cuando ya se oían voces y carreras a espaldas de ella, aproximándose al lavabo de la cantina. Llameó el arma, y el proyectil silbó, encontrando solamente e! vacío en la ventana y el patio, para perderse inútilmente en la oscuridad y clavarse en el muro opuesto, sin herir a nadie.
—Por el amor de Dios, ¿qué sucede aquí? —tronó el vozarrón del sheriff, mientras sus pisadas hacían retemblar la trastienda del negocio de Ralph De Kova.
Miller apareció, revólver en mano, seguido por un Gus Nelson levemente pálido y tenso, que también esgrimía su arma reglamentaria, con gesto de honda preocupación. Tras ellos, venía un tropel de gente armada, y la propia Sabrina, con su pistola, dispuesta a intervenir de alguna forma.
Vicky sollozaba, rotos sus nervios por completo, apoyada en la pared, a punto de desplomarse, a juzgar por su lamentable aspecto. Sharon la sujetaba firmemente con un brazo, mientras mantenía el otro dirigido hacia la ventana, con su humeante pistola entre los dedos y un gesto de energía inquebrantable en su bonito rostro. Las miradas de todos se clavaron en aquella forma humana sentada en el retrete, y un ramalazo de horror silencioso sacudió a todos. Ni siquiera se oyeron exclamaciones o gritos.
Rápido, piadoso, Gus Nelson se despojó de su propia chaqueta

mojada por la lluvia, y la echó encima de los muslos desgarrados de la infortunada Stella, cubriendo al menos en parte las más íntimas zonas de la víctima en aquella macabra postura. Luego, miró perplejo a Sharon y la dirección dada por ésta a su arma.
—¿Qué sucede, señorita Murray? —preguntó el joven comisario—. ¿A qué disparó?
—A... a un hombre —jadeó Sharon—, Creo que era... era...
—Kebee... —sollozó Vicky, sumida en su crisis histérica —Scott Kebee, ese fantoche miserable... Tenía un gesto horrible...
—Cielos... —Nelson se volvió al sheriff vivamente—. Quédese con ellas, jefe. Yo voy a tratar de dar con ese hombre.
—De acuerdo, Gus. Ve rápido el sheriff, fuertemente impresionado su gesto ante la nueva presencia de la muerte violenta en aquel reducido y sórdido recinto.
Apartó a todos, mientras su ayudante corría hacia la parte trasera de la casa, y trató de que Sabrina llegara cuanto antes junto a sus dos compañeras para confortarlas lo mejor posible.
Mientras tanto, Gus Nelson, revólver en mano, alcanzaba la puerta de la cantina, cruzaba ésta en medio del terror reflejado en los rostros de De Kova y su camarera, Noemi Taylor, y saltó al porche, donde repiqueteaba la lluvia ruidosamente, encima del techo de uralita del tejadillo.
No tuvo que dar un paso más. El lívido y artificioso señor Kebee, estirado, rígido, con sus siempre enlutadas ropas ceñidas a su delgada y siniestra figura, avanzaba por el porche tranquilamente, alumbrado de modo fantasmal por las escasas luces de aquel establecimiento y los faros de algunos coches y motos aparcados ante la cantina de Ralph De Kova.
—¡Quieto ahí, Kebee! —rugió con voz potente Nelson, apuntando con su Colt al actor, y amartillando el arma sin contemplaciones—. ¡Levante los brazos o disparo!
—¿Qué diablos le sucede, comisario? —replicó fríamente el fantasmal personaje, levantando calmoso sus largos brazos—. No he hecho nada malo...
—¿Seguro que no? —silabeó el agente de la autoridad, acercándose a él, clavando el cañón de su arma en el estómago del actor y cacheando rápidamente a éste con su otra mano—. ¿Qué hacía, entonces, en la ventana del retrete? ¿Es ése su modo de ensayar su papel de Drácula de guardarropía?
—No sabe lo que dice. Yo no hacía nada delictivo allí. Esa chica casi me vuela la cabeza. No deberían permitir llevar armas normalmente a las mujeres neuróticas...
—Esta no es una situación normal, señor Kebee, debería darse cuenta de ello —le replicó fríamente Nelson, estudiando receloso el

rostro maquillado de aquel forastero nada tranquilizador—. Asesinar sí es un delito. Y en ese retrete hay una chica muerta, Vicky Kenton, una de las artistas de ese grupo...
—Sí, pude verlo, comisario. Pero yo no entré allí. Sólo asomé y pude ver el cadáver de la pobre chica.
—¿Quién me dice que usted no fue el que entró, y huía en ese momento del escenario de su crimen abominable, Kebee? —repuso con voz áspera el joven policía.
—Mis pies. Mírelos. El calzado está mojado, empapado. Ese patio tiene dos palmos de agua en el suelo.
—¿Y qué? —refunfuñó Nelson, ceñudo, sin quitarle la vista de encima al otro.
—¿Vio huellas de pies mojados en el retrete? No había ni una, pude advertirlo.
—Usted advierte muchas cosas.
—Soy observador, eso es todo. Ni una pisada mojada. Eso es imposible, viniendo del patio, compréndalo.
¿Qué sugiere, entonces? ¿Que el asesino llegó de la cantina misma?
—O que llevaba chanclos de goma al penetrar por allí, y los dejó en una especie de cornisa que hay antes del alféizar, para saltar con sus zapatos secos y no dejar huellas. Vea: yo no uso chanclos de goma. Y mis calcetines también están empapados a causa de la mojadura en el patio del retrete.
—Su explicación parece razonable, Kebee, pero, ¿por qué apareció por allí, si puede saberse? —insistió Nelson, enérgico.
—Oí ruidos en esa parte del edificio cuando venía hacia acá para cenar. Y vi una sombra saliendo del edificio rápidamente, para hundirse en las sombras. Hubiera jurado que escalaba la tapia posterior de la cantina, y se mezclaba entre las gentes que volvían de intentar cazar al asesino loco, aprovechándose de la confusión de motocicletas y coches ahí detenidos. Perdí de vista a esa sombra, y opté por saltar yo mismo la tapia y ver lo que sucedía.
—Puede que diga la verdad, o puede que mienta —silabeó Gus—, Entre conmigo en la cantina. Pero procure en lo sucesivo no meterse donde no le llaman. Esas chicas están convencidas de que usted mató a su amiga.
Ya pude darme cuenta —suspiró el actor—. Si me descuido, me vuela la cabeza.
—Lo hubiera tenido bien merecido, por meter sus narices donde no debe —fue el único comentario de Nelson, empujando al sospechoso al interior del establecimiento.
Al ver que varias personas se acercaban a él, amenazadoras, el joven comisario alzó su brazo con energía y decisión.
—¡Alto! —ordenó, tajante—. Nada de acciones precipitadas, amigos.

El señor Kebee ha dado una explicación plausible de sus actos. Puede mentir o decir verdad, eso es otra cosa. Pero de momento, parece ser sincero. Si hubiera pisado el escenario del crimen, habría huellas mojadas. Vean su calzado. Cuando llegamos nosotros al retrete, estoy seguro de que ningún pie mojado había pisado el pavimento. ¿Cierto, señorita Murray? —demandó, al ver venir, muy pálida, sujeta por Sabrina, a Sharon Murray, que a su vez ayudaba a la rubia de los grandes senos en su vacilante caminar.
—Creo... creo que así es emitió Sharon, pensativa, mirando con recelo a Kebee—. No vi huellas de pisadas en el suelo. Todo estaba seco, recuerdo que me extrañó, si el asesino había venido de fuera, como era de suponer.
—Sí, yo también me fijé en eso —remachó Miller con énfasis—. Las primeras pisadas mojadas fueron las mías, Gus. Y luego las tuyas... El suelo estaba seco al llegar nosotros. De modo que Kebee no podría ser... a menos que se haya mojado zapatos y calcetines después del crimen. ¿No usa chanclos de goma?
—No, no tengo, ya se lo dije al comisario —negó el actor—. Pueden comprobarlo. Tampoco había chanclos en el patio ni en parte alguna de las que he recorrido ahora. El asesino, sin duda, los llevaba, a menos que fuese alguien de la cantina. Pero debió deshacerse de ellos, en ese caso.
—No puedo arrestarle por merodear en un sitio donde, según él, había visto aparecer una sombra furtiva que escapó en la noche —dijo Nelson a su jefe.
—Está bien, déjale libre —rezongó Miller—, Pero le aviso, Kebee. Es usted un forastero y a la gente le parece bastante raro, además. Será mejor que no vuelva a hacer tonterías así, si no quiere verse en un lío. Ustedes, por favor, vengan conmigo a la oficina, señorita Murray. Tendremos que hacer un atestado de todo esto. Les daré café caliente y espero que se rehagan un poco, tras esta horrible experiencia...
Sharon asintió, como sonámbula. Ella, Sabrina y Vicky, salieron de la cantina, en compañía de Miller y del joven comisario Nelson, camino de la oficina legal. Kebee, como ausente, se sentó en una mesa. Los instrumentos yacían en sus sillas, olvidados. Todo el mundo sabía que el alegre e improvisado concierto se había terminado.
—Déme algo de cenar, Ralph —pidió Kebee al cantinero con voz serena y fría.
—SI, fantasmón, en seguida —gruñó con mal humor el cantinero—, Noemi, sirve a nuestro vampiro aficionado. Pero tendrá que beber cerveza o café. Ya no nos queda sangre. Si en vez de estrangularla, hubieran degollado a esa chica, todavía...
Kebee ni siquiera sonrió ante el detalle de humor de pésimo gusto de De Kova.

Noemi, al comenzar a servirle, tampoco parecía demasiado alegre. Eludía mirar a su cliente, mientras éste clavaba sus fríos ojos oscuros en la vidriera chorreando agua, con gesto sombrío, como si quisiera seguir con la mirada, allá fuera, las siluetas de las tres mujeres que aún quedaban con vida, camino de la oficina del sheriff.

CAPITULO VII

El café caliente les había confortado en parte. Pero un frío sutil y profundo seguía recorriendo las venas de la joven Sharon, inmóvil en aquella rígida silla de la oficina policial, mientras Vicky relataba entrecortadamente el hallazgo macabro, y Miller tecleaba una vieja máquina de escribir con energía, pasando a unos folios aquella breve y dramática historia del hallazgo de un tercer cuerpo sin vida en menos de diez horas.

—Pobre Vicky... —suspiró Sabrina, sentada junto a Sharon—. Está destrozada...

—¿Y cómo estamos todas? —musitó Sharon amargamente—. Primero Esther, Marion... y ahora, Stella. Es horrible, una pesadilla angustiosa de la que una piensa que va a despertar en cualquier momento.

—De esta clase de sueños nunca se despierta, querida —susurró Sabrina—. Ha sucedido, ambas lo sabemos. Ellas están muertas. Muertas, mis pobres amigas...

Sharon asintió en silencio, la mirada fija en aquella celda del fondo, junto a la que dejara abierta el asesino loco al huir. Allí, encima de la litera, yacía un hombre inerte, la cabeza envuelta en vendajes manchados de sangre, en estado de coma profundo, víctima de la agresión brutal del evadido. El infortunado joven Dick Mallory, debatiéndose entre la vida y la muerte, sin auxilio posible del exterior en aquel villorrio aislado por la lluvia, las inundaciones y el teléfono cortado. A su lado, un hombre de cabello canoso muy escaso, trataba de hacer lo imposible por mantenerle vivo, utilizando sus limitados conocimientos y aún más limitados medios médicos. Era Barnaby Reeves, el tío de aquel jovencito tímido que les vendiera las armas esa misma tarde.

Estaba Vicky prestando declaración todavía, cuando la puerta de la oficina se abrió, asomando el muchacho, Oswald Reeves. Al ver allí a las tres mujeres, enrojeció vivamente su rostro, balbuceó un saludo torpe, y se quitó el sombrero empapado de lluvia, dándole vueltas entre las manos y dirigiéndose a su tío.

—¿Todo igual, tío Barnaby? —preguntó.

—Igual, Oswald —murmuró el hombre arrodillado junto al herido—. ¿Cerraste ya la tienda?

—Sí, tío... —dirigió una ojeada medrosa a Sharon y a Sabrina, que le miraban. Tragó saliva, antes de añadir, dirigiéndose a ellas—: He sabido que... que la señorita... su amiga pelirroja...

—Sí, hijo —suspiró Sabrina—. Tu pistola no sirvió de gran cosa para ella, pobre amiga...

—Era muy bella —musitó el muchacho, rojo hasta la raíz de su cabello otra vez—. Me ha dolido mucho... Maldito loco asesino... ¿Cómo no le

capturan de una vez?
Miller resopló algo, levantando la vista de su máquina, sin dejar de escribir, y Gus Nelson dejó de servir nuevas tazas de café, para dirigir una ojeada meditativa al joven tendero.
—Estamos intentándolo, Oswald —respondió gravemente—. Pero los locos no son tontos. Por el contrario, suelen ser muy listos para actuar y ocultarse...
Barnaby Reeves abandonó celda y paciente, acercándose lentamente a su sobrino. Gus le tendió una taza de humeante café, que el hombre aceptó, con gesto entristecido.
—Gracias —suspiró. Luego meneó la cabeza con desaliento—. Pobre Dick. Se nos muere sin remedio. Si le hubieran intervenido a tiempo, todavía. Ahora, cada vez hay menos esperanzas. Ni siquiera creo que vuelva a recobrar el conocimiento, Gus. Si sobreviviese, lo haría inválido y quizás mudo, imagino.
Nelson, sombrío, afirmó con la cabeza, mirando al inerte Mallory. Encajó sus mandíbulas con gesto de rabia contenida.
—Es otro crimen a apuntar a su lista, Reeves —dijo—. Cinco muertes en pocos días.
—¿Está seguro de que ese loco es realmente el asesino de nuestras compañeras?
Nelson enarcó las cejas con cierta extrañeza. Giró la cabeza. También los Reeves, tío y sobrino, con algún sobresalto, se volvieron hacia quien había hablado. Era Sharon Murray. La propia Sabrina había dado un respingo. Miller dejó de teclear su máquina, y Vicky puso un gesto de sorpresa y aturdimiento, mirando a su amiga.
—¿Por qué dijo eso? —refunfuñó el sheriff, con acritud.
—Nadie le ha visto matar a mis compañeras, sheriff —objetó Sharon, serena.
—Tampoco le vimos matar a la granjera Karin —replicó Barnaby Reeves—. Y fue él. Lo confesó cuando estaba ya en esa celda.
—El comisario Nelson llegó a sospechar antes del actor Kebee, ¿no es cierto? —sugirió Sharon, con voz suave.
—Sí, así es —convino Gus—, Usted misma disparó sobre él...
—Prueba de que él pudo ser el asesino, ¿no?
—Pudo serlo, pero su historia no parece confirmarlo así —objetó Miller, seco.
—Sheriff, si pudo ser ese actor, pudo ser cualquier otro.
—¿Cree que éste es un pueblo de sádicos asesinos y violadores, señorita? —se irritó Wilburn Miller, apoyando una mano en las teclas de la máquina.
—¿Por qué no? Todos los sitios con represión sexual lo pueden ser. Noemi nos contó de cierto ataque en despoblado, con una mordedura en su muslo e intento de violación.

—Oh, Noemi... —rezongó Miller, malhumorado—. Está provocando siempre a todo el mundo, señorita. Se agacha con su minifalda para enseñar el trasero, o pega sus muslos o sus pechos a los clientes, frotándose con ellos. Es una gata en celo. Seguro que no puso demasiada resistencia a quien le pegó ese mordisco. Denunció la agresión, si, pero yo no me creí una palabra.
—Yo, sí —terció vivamente Nelson.
—Oh, Gus, por el amor de Dios, ya hemos hablado de eso otras veces... —resopló su jefe, con evidente enfado.
—Y sigo insistiendo. Ahora, la señorita Murray confirma mis recelos. Ella también piensa que puede haber algún sádico oculto en esta aldea. Estoy con usted, créame. Sea Kebee o cualquier otro, puede haber alguien que esté aprovechándose de la presencia de ese loco en nuestra región, no es ningún disparate lo que pensó, señorita Murray.
—Gracias, comisario —suspiró ella, aliviada—. Puede llamarme Sharon, por favor. No soy tan vieja.
—Lo haré gustoso... Sharon sonrió suavemente el joven policía—. He observado algunos detalles raros en estos últimos crímenes, que me hacen pensar en la existencia de otro posible criminal. El que entró en el motel para asesinar a sus compañeras, y alcanzó el retrete de la cantina para matar a Stella Ross parece un buen conocedor de este pueblo y de sus más nimios detalles. No sé si Gaylor Temple sería capaz de tener tal dominio del terreno que pisa. Es como si alguien de aquí actuase sabiendo bien lo que hace y por dónde se mueve, sheriff. Eso no puede negarlo.
—Kebee lleva aquí casi dos semanas —le recordó Miller, con acritud —, Y no tiene otro trabajo que hacer que deambular por ahí, maquillarse de fantoche y curiosearlo todo día y noche. Raro, ¿no? Podría conocerse cada edificio de Laguna Valley como la palma de la mano sin gran dificultad. Y desde que él llegó, ocurrieron todas esas cosas, recuérdalo, Gus: el ataque a Noemi, el crimen de Temple... y estos otros asesinatos, por supuesto. ¿Por qué no podría ser Kebee, pese a todo?
—Sé lo que pretende —sonrió Gus Nelson, irónico—. Le cuesta aceptar que un conciudadano nuestro, un amigo o vecino, pudiera ser un morboso agresor de mujeres..
—Infiernos, sabes lo que pienso sobre eso —se irritó Miller—. Las mujeres provocan muchas veces. Y tienen culpa de las complicaciones. Pero ningún vecino mío puede ser un sádico criminal. Conozco a todos desde que eran niños.
—Sheriff, nunca se conoce del todo a la gente —le objetó ahora Sabrina con voz calmosa—, Y menos en cuestiones sexuales. Se lleva una cada sorpresa...

Miller, acosado así, arrugó el ceño. Incluso el comentario de Sabrina parecía irritarle. Rezongó algo entre dientes que nadie pudo entender, y siguió escribiendo a máquina. Nelson sonrió, sentándose junto a Sharon y su compañera.
—No le hagan caso —musitó—. Es así. Fiel a sus amigos y convecinos hasta morir. No podría creerlo aunque viese al culpable con las manos en la masa, y fuera uno de nuestros vecinos. Después de todo, él nació aquí y aquí ha vivido siempre...
—Es un buen hombre —dijo Sabrina —. Pero algo tozudo.
—Si le dice usted eso, va a hacerle mucho daño —suspiró Gus, irónico—. Siente especial predilección por usted, señorita.
—¿Por mí? —Sabrina se sorprendió. Luego soltó una breve risita —. Vaya con el sheriff Miller... De modo que también es un sentimental, ¿eh?
—Le falló su primer matrimonio. Creo que anda buscando una segunda oportunidad —confesó en voz baja Nelson, con un gesto significativo—. No sea demasiado dura con él o le hará daño.
—Vaya por Dios, sólo eso me faltaba —suspiró Sabrina—, Tener un enamorado precisamente aquí...
—Aquí, señorita Fox, también hay personas excelentes —comentó Nelson, dolido.
—Lo sé, muchacho, lo sé —le sonrió ella agradablemente—, No culpo a todos ustedes de lo que ocurre, pero comprenda mi estado de ánimo...
—Claro que lo comprendo —afirmó Nelson, pensativo. Miró a Sharon y añadió—: No tema nada esta noche. Montaremos una guardia rigurosa en el motel. Pasillo, puertas y porche estará bajo control. El asesino no puede repetir su hazaña. El patio interior también estará protegido de todo riesgo.
—Creo que dormiremos las tres juntas en una misma habitación, por si acaso —señaló la directora del ya reducidísimo grupo musical—. Así habrá menos riesgos.
—Es una buena idea —apuntó Nelson—. Pero Noemi, la camarera, se ha ofrecido hace un poco, para hacer compañía a quien de ustedes le tocase dormir sola hoy...
—A mí —explicó Vicky, rápida—¿Tendré compañía, comisario?
—Desde luego. Puede quedarse con sus amigas, o dormir con Noemi, la camarera de la cantina —indicó Nelson.
—Creo que dormiré con esa chica. Las habitaciones son demasiado pequeñas para tres personas —suspiró Vicky—, Con tal de no estar sola, será suficiente.
—No estará sola, ni fuera ni dentro —confirmó Miller gravemente—. Van a tener esta noche un auténtico ejército de hombres armados protegiendo sus sueños...

* * *

Así era, en efecto.

Vicky y Noemi se miraron una a otra, tranquilizadas ambas. Por el porche paseaba, rifle en mano, el joven Oswald Reeves. En la puerta del motel, junto al conserje Wheeler, permanecía con un revólver su tío Barnaby. Ralph De Kova guardaba el patio de los aseos, con otro rifle. Y en el corredor, el propio Gus Nelson, el joven comisario local, montaba su guardia personal, de la que sería relevado por Miller de madrugada. A los demás, otros vecinos les relevarían también en su momento.

—Bueno, esto es diferente —suspiró Vicky, perdiendo ya los últimos vestigios de temor, tras escudriñar el porche—. Me siento segura de este modo. Espero poder conciliar el sueño sin pesadillas, no recordar lo que fue de mis amigas...

—Olvídelo por el momento, querida —le aconsejó Noemi, desnudándose con total falta de pudor ante su compañera de alcoba. Cuando estuvo desnuda como Eva en el Paraíso, exhibiendo las opulencias de su cuerpo rollizo, se metió en la cama con un suspiro profundo de alivio—. Ah, esto sí es una cama confortable, amiga mía... Creo que dormiré como una bendita. Si oye algo, avíseme. Pero creo que, como bien dice usted, nada hay que temer, con ese cerco de gente armada en torno...

Vicky asintió, empezando a desnudarse con lentitud. Noemi exclamó desde su lecho cuando la joven rubia se despojó de su sostén:

—¡Cielos, qué par de melones, hija mía! Eso sí que volvería loco al sádico... —y al ver el gesto de Vicky, añadió, presurosa —: Oh, perdone... Es que no pude evitarlo. Yo creí que tenía buenos pechos, pero los suyos... Son de campeonato, Vicky.

—Es muy amable, Noemi —dijo secamente ella, metiéndose en la cama sin añadir más.

Apagó la luz, molesta con su compañera de cuarto. No acababa de gustarle la camarera. Había mirado de un modo raro su cuerpo. Tal vez Miller, el sheriff, tenía razón. Podía ser una provocadora de hombres, y gustarle también las mujeres. Conocía casos así. A oscuras se sintió Vicky más segura. Los ojos de Noemi no le agradaban demasiado cuando se fijaba en sus senos desnudos.

—Uf, ese café a que nos invitó el sheriff antes de meternos en el motel, me ha dado un calorcillo agradable —musitó Noemi, removiéndose entre las sábanas—. Aun así, hace frío... Frío y humedad. ¿Prefiere que durmamos juntas en una misma cama, Vicky?

—No, no —se apresuró a rechazar Vicky, recelosa —. Buenas noches, Noemi. Tengo sueño.

—Y yo. Buenas noches, Vicky. A pesar del café... tengo sueño, sí...
Vicky no tenía sueño, ésa era la verdad. Pero Noemi no mentía. A los cinco minutos dormía profundamente, soltando ronquidos. La rubia muchacha pensó durante mucho rato en Esther, en Marion, en su mejor compañera, Stella... Luego, se quedó dormida sin casi darse cuenta.
Tuvo pesadillas, sueños sangrientos y horribles. Despertó de ellos bañada en sudor, con un leve sobresalto. Iba a incorporarse en el lecho, con un gemido de miedo.
No pudo hacerlo. Una sombra pesada, sólida, brotó de la oscuridad, ante ella, y cayó encima de su cuerpo. Intentó gritar. Inútil. Una mano pesada cerró su boca, taponándola con trapos y ligándolos con una ancha tira de tela recia. Forcejeó, haciendo crujir el lecho. Inútil. Aquella figura humana que ahora yacía sobre ella era ruda y fuerte. Noemi, en su cama, ni se movía. Tal vez estaba muerta ya, pensó con terror supremo, empezando a notar que una mano ávida recorría sus generosos pechos, estrujándolos, desgarrando la sábana, su propia piel, mientras un ronco jadeo sonaba sobre su rostro...
El forcejeo cesó cuando una mano del agresor martilleó su mentón fuertemente. Vicky se sintió aturdida, confusa. Perdió a medias el conocimiento, en medio de su terror alucinado. El hombre aprovechó para separar sus muslos y atacar. Se sintió violada brutalmente. Su grito de dolor y rabia, de miedo y angustia, se ahogó en los trapos de la mordaza...
Mientras sentía la posesión salvaje de su violador, sintió también en su garganta el frío contacto de un trozo de cable eléctrico sujeto por unas manos férreas. Trató de luchar, de debatirse...
Fue perdiendo fuerzas. Todo se oscureció para Vicky cuando la lengua se le hinchó entre los labios, y las sienes zumbaron violentas. Se hundió en una sima de oscuro dolor y muerte, mientras ahora los dedos frenéticos del violador torturaban bestialmente aquellos espléndidos senos que parecían enloquecerle. Todavía los estrujaba, furioso, con ávidas garras, mientras ella exhalaba el último aliento y se hundía definitivamente en las heladas sombras de la muerte...

CAPITULO VIII

Gus Nelson giró la cabeza, sorprendido.

En el pasillo, débilmente iluminado, la figura de Sharon era como una dulce y cálida aparición. Vestía sus tejanos y la blusa, pero iba descalza. Su rostro estaba pálido.

—¿Ocurre algo, Sharon? —se alarmó el comisario, yendo hacia ella.

—No, no —la joven le rogó silencio con un gesto—. Sólo era un mal sueño. Tuve una pesadilla. Vicky era atacada por el asesino en ella. Me sobresalté. Ya pasó. De todos modos, quisiera entrar y charlar un rato con ella. El sueño fue tan vivo, tan preciso, que casi he sentido miedo por ella... Me tranquilizará hablar un rato con las dos.

—Claro, Sharon. Lo que usted quiera —asintió Nelson, sonriente—. Le aseguro que no ha podido ocurrir nada de eso. Aquí sigo desde el principio. No ha pasado nadie. No ha habido ruido alguno alarmante tras esa puerta. La abriré. Tengo la llave maestra de Wheeler, por si acaso.

Sonriente, introdujo la llave en la cerradura. Abrió la puerta suavemente. Musitó, mirando al oscuro interior:

—No se alarmen, señoritas. Es su compañera Sharon, señorita Kenton. Desea charlar con usted —se volvió a Sharon ante el silencio del interior—. Pase, por favor. Ya cerraré yo, si lo prefiere. Me quedo aquí paseando mientras usted charla...

Sharon asintió, entrando en la oscura alcoba. Cerró tras de ella Nelson, y reanudó sus paseos arriba y abajo. La joven se aproximó a los lechos. En uno, roncaba ruidosamente una mujer rolliza, semidesnuda entre las sábanas. Sharon sonrió. Era Noemi.

Miró la otra cama. En la penumbra, observó que la cama estaba vacía. Por un momento, sintió miedo. Estuvo a punto de gritar. Luego, oyó un leve ruido a su espalda, en el cuarto de aseo, y creyó comprender. Vicky había ido al lavabo. Se volvió y caminó hacia allá, murmurando entre dientes:

—Vicky, no te alarmes, soy yo. Tuve un mal sueño y vine a...

Abrió la puerta del aseo. Estaba a oscuras también. Dio la luz. Inmediatamente, se dispuso a lanzar un agudo chillido de supremo terror.

Vicky estaba allí, doblada en el plato de la ducha, cubierta de magulladuras, destrozados sus pechos hermosos a zarpazos, el cuello estrujado por un cable eléctrico, la boca dejando escapar la lengua entre trozos de tela de mordaza, desnuda totalmente, violada de forma bestial...

El grito de Sharon no brotó de sus labios. Una mano firme la había amordazado. Alucinada, vio ante su rostro la faz lívida y amenazadora de un ser de pesadilla, de una horrenda criatura de ultratumba,

surgiendo de detrás de la cortina plástica de la ducha.
Era Scott Kebee, el actor disfrazado de vampiro...
Sharon le contempló con horror infinito, empezando a comprender todo lo sucedido. Y dándose cuenta de que ella era ahora quien seguía en la lista del sádico, puesto que éste no parecía hacer el menor caso de la camarera que roncaba en el dormitorio.
Los ojos ardientes y oscuros del intruso se fijaban en ella. Su rostro maquillado de color céreo era una máscara cruel y decidida. Tomó una esponja del lavabo y la introdujo en la boca de su víctima. Luego, la ató una tira de tela, y ató igualmente sus muñecas y piernas, pese al forcejeo rabioso de Sharon. Conseguido todo eso, la alzó en sus brazos, sin pronunciar palabra. La joven pensó que era llegado el momento de ser ultrajada como las demás, antes de morir...
Pero el siniestro actor apagó la luz del lavabo, cargando con Sharon entre sus brazos, y cruzó la habitación donde dormía Noemi. Se encaminó a la salida del porche. Abrió sigilosamente esa puerta con una mano, sin soltarla. Asomó. Soplaba aire húmedo y frío y llovía sin mucha intensidad. Salieron al porche. El cerró con cautela la puerta.
Un escalofrío de pánico sacudió a la aterida Sharon, cuando descubrió a pies del actor el cuerpo del joven Reeves, con el cráneo destrozado, reposando sin vida al lado de su rifle, ya inútil.
Ese nuevo horror la hizo desvanecerse en brazos de su raptor. Este se adentró en la oscura noche, en la lluvia, alejándose del motel con su hermosa presa.
Su despertar fue amargo y doloroso.
Estaba en un lugar desconocido, a la claridad de una bombilla protegida por una malla metálica, que colgaba de un techo bajo. Seguía amordazada, tendida en un suelo de tablas, y le habían soltado las muñecas, pero no los tobillos.
Ante ella, Scott Kebee, el actor, depositaba sobre una mesa unos chanclos de goma, unos guantes de cuero negro gastado, y un rollo de cable eléctrico plastificado, tiras de tela y esparadrapo, trapos y todo cuanto podía precisar un hombre para amordazar y reducir a la impotencia a una persona. Había algo más. Fotografías obscenas, publicaciones pornográficas, láminas de escenas aberrantes de sexo, claveteadas por las paredes... Aquél, pensó Sharon con horror infinito, era el antro de un auténtico obseso sexual, de un peligroso psicópata lujurioso.
El actor, al oírla removerse en el suelo, giró la cabeza. Sus oscuros ojos fríos la miraron con fijeza. Advirtió que ella había visto todo aquello y se puso delante, tapando con su alta figura negra las fotografías obscenas y las imágenes pervertidas.
—El santuario de un loco vicioso, ¿verdad, querida amiga? —preguntó, irónico.

Ella le contempló, demudada. Se arrastró por el suelo, reptando, hasta tocar con el muro de tablas y no poder seguir más lejos. El rígido, siniestro personaje, se inclinó sobre ella. Tras la máscara de maquillaje pálido, eran visibles sus tensas facciones juveniles, que aquella caracterización, y quizás el clima del lugar en que se hallaban, convertían en rasgos perversos y malvados.
Gimió Sharon, pero de su boca amordazada brotaron apenas unos roncos sonidos apagados. Kebee meneó la cabeza con desaliento.
—No puedo hacer otra cosa con usted —se justificó cínicamente—, Gritaría en cuanto tuviera la boca libre, estoy seguro...
Se acercó a ella. El miedo, la angustia, el pavor, se apoderaron de Sharon irremisiblemente. Sabía que era el momento. Iba a ser poseída, asesinada como todas...
Sus manos, apoyadas atrás, en el suelo de tablas, encontraron algo. Incrédula, cerró sus dedos sobre ello.
El secuestrador no debía haberlo advertido. Era una piedra. Una gruesa piedra a su alcance...
Cuando Kebee se inclinó hacia ella y la tomó por las axilas para alzarla, Sharon fue rápida. Alargó uno de sus brazos. La mano empuñaba la piedra. Pegó con ella en la cabeza del actor. Fue un impacto seco, contundente. Crujió el hueso bajo el cabello liso. Brotó sangre en un reguero, por la sien derecha del golpeado. Este la miró con estupor, osciló, comenzó a caer...
—¡Qué estupidez...! —musitó—¿Por qué...?
Se desplomó de bruces, intentando aferrarse a una cortina. La arrastró consigo al caer, enganchada a sus dedos. Se quedó de bruces en el suelo, sangrando, inmóvil. Y Sharon tuvo otro motivo para chillar como nunca hubiera chillado, de no haber tenido su boca amordazada.
Detrás de la cortina desgarrada, aparecía ahora un armario sin puertas... ¡en cuyo interior, hecho un ovillo, aparecía un cadáver de espantoso aspecto! El cuerpo de un hombre cosido a balazos, empapado en sangre con un ojo opaco, vidrioso el otro, la sien derecha hendida sobre ese último ojo cristalino...
¡Era el cadáver de Gaylor Temple, el asesino loco de Laguna Valley!
Y por el aspecto, llevaba muchas horas muerto...
Se tambaleó, con un terror sin límites. En ese momento supremo, en que se enfrentaba al horror más concreto, a la evidencia de que Temple no había matado a las chicas del conjunto musical... sonó un chasquido al otro lado de la habitación.
Angustiada, Sharon miró en esa dirección. Y un alivio profundo, imprevisible, se apoderó de ella, al ver aparecer en el umbral a su héroe. El joven Gus Nelson, el comisario de Laguna Valley, con gesto fiero, revólver en mano, asomaba en la puerta de la estancia,

contemplando la escena con ojos de asombro.
—Sharon... —murmuró el comisario, reaccionando de su estupor y moviéndose hacia ella —. Sharon... ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué ha sucedido?
Ella se aferró a él, patética, señalándole angustiada hacia el inconsciente Kebee, abatido en tierra. Nelson le miró, sin comprender muy bien. Luego, sus ojos se fijaron en el cadáver de Temple, en los guantes, los chanclos, el alambre, las tiras de tela y esparadrapo...
—Cielos —murmuró con voz ronca, mientras Sharon se abrazaba a él —, Cielos... ¿de modo que él lo descubrió todo? ¿Cómo vinieron usted y él A MI CASA?
Sharon alzó la mirada, incrédula. Miró a Nelson. El joven policía tenía un gesto duro, frío, extraño. Sus ojos eran hielo puro.
¡Su casa!
Eso quería decir que las fotografías repulsivas, los objetos, el cadáver... ¡todo estaba en la vivienda del propio Gus Nelson, el comisario amigo!
Soltó al joven, alucinada, retrocedió tambaleante... El la miró, sonriente.
—Lástima... —murmuró —. Usted no es como las otras.
No provoca a los hombres... La quería de otro modo, Sharon... Pero ha llegado demasiado lejos. Tendré que matarles. A los dos. A ese actor, a usted... No, no tema. No la violaré. A usted, no. Yo... la amaba, ¿sabe? Era tan distinta... ¿Por qué, por qué tuvo que venir aquí y descubrirlo todo? Fue ese maldito, ¿verdad? Scott Kebee... El sospechaba. Me vio salir del retrete antes... Tal vez dudaba en su identificación... y vino aquí. Encontró los chanclos que usé, bien secos, para entrar en el retrete y matar a Stella... Debió ver muerto a Oswald Reeves y comprendió que el asesino de Vicky no entró por el porche, sino por el corredor mismo... y que era yo. Usted, Sharon, me hizo un gran favor al golpear a Kebee como sin duda lo hizo. Buena chica. De otro modo... estaría perdido ahora. Y no quiero matarlo. No tengo culpa de que las mujeres me provoquen. Son rameras agresivas que están deseando ser violadas. Como Esther, como Marion, como Stella, como Vicky... Como Noemi. Pero Noemi es soez, lesbiana... No, no me atrae. Sólo seduce a tipos como De Kova, que fue quien la mordisqueó en el campo, siguiéndola al terminar su trabajo. Yo, no. Yo sólo deseo a mujeres provocativas, deseables... pero despreciables también... Oh, ¿por qué, Sharon? ¿Por qué usted... tuvo que llegar tan lejos y saber lo que yo soy en realidad? Este es mi escondrijo particular, mi santuario... y Kebee lo sabía, lo había encontrado, maldito entrometido...
Alzó el revólver. Iba a disparar sobre ella primero. Sonrió, mientras Sharon se pegaba al muro, aterrada.

Gaylor Lo siento, querida mía —jadeó el enloquecido comisario—. No sufrirás. Por eso te mato antes, de un solo disparo. Seré piadoso contigo... porque te amo. Luego mataré a ese entrometido del demonio...
Iba a disparar. Y eso, nadie podía evitarlo ahora...

* * *

La piedra cruzó violentamente el aire. Golpeó la mano de Nelson, arrancándole el arma, justo cuando se disparaba. La bala silbó alta, muy por encima de Sharon, y el policía lanzó un grito ronco de rabia suprema.
Se revolvió, como un tigre, contra el autor del impacto. Tambaleante, sangrante su rostro, allí estaba, de nuevo en pie, más espectral que nunca, Scott Kebee. Había salvado la vida de Sharon en el último instante. Ahora, Nelson rugió, lanzándose sobre el actor, sin arma alguna en su mano. Sharon temió por su salvador. Kebee estaba herido, débil, y Nelson era joven, fuerte, vigoroso, habituado a pelear...
Sorprendentemente, sin embargo, Kebee esperó a pie firme, evitó con una esquiva rápida el mazazo del puño de Nelson, y disparó con celeridad su pierna derecha. El pie martilleó el rostro de Nelson con un impacto sordo, crujiente.
Como fulminado, el comisario cayó a pies de su enemigo, hecho un fardo. No se movió. Kebee, tambaleante, fue hasta el revólver y lo empuñó con alguna dificultad, dirigiendo una tenue sonrisa a Sharon. Esposó al caído Gus Nelson sin prisas.
—Ya está —resopló, yendo hasta Sharon y quitándole la mordaza suavemente —. Por fortuna, los actores no sólo sabemos maquillarnos. También nos enseñan artes marciales para ciertas detestables películas... pero eso tiene su lado bueno, ¿no cree, amiga mía? Ahora, vamos. Hay que avisar al sheriff. Creo que el misterio de Laguna Valley ha quedado resuelto...

EPILOGO

—Ya no llueve, se puede viajar a San Diego... ¿y ahora, para qué? —se quejó Sabrina amargamente—. Es lunes y no hay trabajo. Ni artistas, claro.

—No se marchen aún —rogó Miller, contemplando a la directora del grupo—. Puedo tenerlas como huéspedes mías unos días. Después de todo, ya no están aquí ni Gus Nelson, ni el cadáver de Temple, ni los cuerpos de sus amigas, ni siquiera el pobre Mallory, que va camino del hospital en ese helicóptero. No sé si alguna vez podrá decir que fue Nelson quien le golpeó con intención de matarle, liberó a Temple para matarlo con sus propias manos, y así culparle de lo que pensaba hacer con sus compañeras, señorita Fox...

—Vamos, sheriff, ahora que podemos salir de aquí, ¿qué pretende? ¿Cortejarme, acaso?

—¿Y por qué no? —suspiró el sheriff—. No soy tan feo ni tan viejo. Y, al contrario que mi maldito ayudante, que me engañó durante años enteros, no soy ningún morboso... Sólo deseo una mujer para tenerla como esposa...

—Bueno, hablaremos de eso con más calma —decidió Sabrina, tras una indecisión—, ¿Nos quedamos unos días a descansar, Sharon?

—De acuerdo —aceptó ésta, sonriendo al alto joven de rostro saludable que era ahora Scott Kebee, en pie junto a ella—. Después de todo, deseo guardar mejor recuerdo de Laguna Valley, que no tiene culpa de que existiera aquí un enfermo mental mil veces peor que el propio Temple... Además, ahora que Scott ha dejado de ensayar su papel de vampiro, creo que resulta mucho más agradable su

compañía.
—Y tanto que sí —rió Sabrina —, Scott, eres un guapo mozo sin ese horrible maquillaje. Yo que tú, no haría papeles de vampiro, sino de héroe romántico...
—Se lo he dicho a la productora muchas veces —sonrió Kebee—. Pero opinan de otro modo. La gente del cine está un poco loca. Pero eso sí, no volveré a ensayar en la vida real mis papeles. Puede resultar peligroso.
—Peligroso y contraproducente —le dijo Sharon, mirándole con dulzura—, Sabrina tiene razón, Scott. Eres muy guapo sin tus afeites y trucos de terror. Sigue así. Eso me ayudará a olvidar todo lo pasado, estoy segura.
—No pretendo otra cosa —suspiró el joven actor—. ¿Damos un paseo? La campiña, al secarse la lluvia, es hermosa y agradable...
—Sí, Scott. Demos un paseo —aceptó ella.
Se cogieron de las manos, alejándose por el sendero. El sheriff y Sabrina se miraron.
—Hacen buena pareja —ponderó Miller—, Y nosotros también, señorita Fox.
—Quizás. Pero si vas a intentar seducirme, Wilburn, será mejor que me llames Sabrina
de una maldita vez, ¿está claro?
—Sí, Sabrina —admitió dócilmente el rudo sheriff de Laguna Valley.

F I N



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España